

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS.

EL CLINO DE LOS MALLERES

0

N.º 1.º DE LOS MALLERES

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,



ó

LOS AMORES DE PARIS;

novela escrita en francés

POR

PAUL FEVAL,

y traducida al castellano

POR

D. A. C. G.

TOMO III.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

LOS AMORES DE PARIS

DE DON JUAN

LA ESCENA SE PASA EN PARÍS

D. J. C. E.

TOMO III

SEVILLA 1834

Imprenta de Góngora, a cargo de D. J. A.
Frente, calle de la Muela num. 7

Vestido negro y guantes blancos.

Pedro Worms, juntando sus manos, repitió:
—Un ropo! los mil vrancos!... Tos mil vrancos, ropados al buen M. Budell!...

Nazario salió de entre la fila, y colocóse delante de la puerta.

—Menos ruido, dijo este en voz baja; á mi modo de ver, aqui hay presente uno, que merece ser presa de la guillotina... Apelemos á un registro de bolsillos.

—Ésceleste idea! exclamó Poiret, que por primera vez en toda su vida se ballaba un instante de acuerdo con su camarada. Ea!

ea! á volver los bolsillos!... Fuera los bolsillos!

—Fuera los bolsillos! repitió el Solapado con la mayor diligencia.

Un ligero temblor estremeció las gruesas mejillas del Rorro.

—Eso sería pueno, dijo este, si esdUPIÉSEMOS dotos agui...

—Quién falta? preguntó Dragon.

—Él *Tesgolorito*, señor Tracon, respondió el bueno de Pedro Worms, el susodicho *Rorro*; el *Tesgolorito*, que fa á la *Crante Obera* como tice el señor Boiret, gon pestido necro y cuantes plangos...

—Cierto que sí! murmuró Poiret, que parecía en aquel momento como espantado de las consecuecias de su descubrimiento. El *Descolorido* no está aqui!

Poiret, como hombre discreto y entendido, habia relatado largamente todas sus impresiones de la noche anterior.

Un murmullo sordo se escuchó en el grupo formado por los obreros.

—No se asiste á la *Opera*, y á los primeros asientos de galería, decian unos, llevando al lado una niña con trage de seda, cuando solo se tienen cuatro francos al dia... porque el *Descolorido* no gana mas que dos tercios de jornal...

—Y nata mas! dijo el Rorro con un gesto espresivo de triunfo.

—Ciertamente! añadió gritando Poiret.

—Eso es falso... enteramente falso!... exclamó Nazario—Dragon, con voz atronadora; yo respondo del Descolorido!... yo! yo!... tenedlo entendido así!... Le habeis encontrado jamás en la calle con otro trage que no sea su blusa?... El no pretende parecer señor... es acaso menos vanidoso que tú, Poiret, con tanto como estás hablando; menos vanidoso que Cachard y que yo mismo... Es un excelente jóven, un buen obrero... Poiret no ha referido mas que sandeces y bojarasca, dignas sin duda de él, que es un necio presumido... Y por lo que hace á mí, apuesto á que el Descolorido no ha visto jamás un trage negro sobre sus hombros, ni unos guantes blancos en sus manos...

Abrióse la puerta del taller de improviso. Gaston entró bruscamente.

—Vedle ahí! exclamaron á la vez un sinnúmero de voces.

—Con pestido negro, y cuantes pl'angos!... añadió el Rorro.

—Y mas borracho quetrenta mil hombres! concluyó el Solapado; no puede sostenerse sobre las piernas!

Nazario se quedó con la boca abierta en

frente de Gaston, y como si quisiera todavía poner en duda la realidad de aquella aparición.

Sintió turbada su vista, como si una nube pasára delante de sus ojos oscurecidos. Despues bajó la cabeza, murmurando con una espresion sombría de amargo desaliento:

—Poiret tenia razon... era él!



La carta.

Gaston, siguiendo todavía el primer impulso de su precipitada marcha, dió tres ó cuatro pasos en el interior del taller. Todos sus camaradas retrocedieron como alejándose de él con aire de monosprecio y desconfianza.

El viejo Potel le miraba con avidez, creyendo ver en él el hombre que le habia robado sus pobres economías.

Esa clase de gentes, cuyo único elemento es, por desgracia, la taberna, en todo ven siempre la embriaguez. La alteracion del semblante, el desorden de los vestidos ó del cabello, el paso inseguro y vacilante, todo es-

to, á la primera ojeada, no tiene para ellos mas que una significacion: la embriaguez.

Y á la verdad, que causa asombro y vergüenza que cuando un hombre se desploma en la calle, tal vez desfallecido de hambre, ó atacado de epilepsia, la mitad de los que le rodean haya de exclamar, en vez de prestarle socorro:

—Que existan hombres capaces de reducirse á tan deplorable situacion!...

Pero en el caso que nos ocupa, cualquiera hubiera podido equivocarse. Gaston aparecia realmente, como si acabara de salir de una orgia desordenada. Su frente, tan pálida de ordinario, estaba cubierta de manchas rojizas; sus cabellos flotaban lacios sobre las sienes, inundadas de sudor. Uno de sus guantes blancos, desgarrado en toda la longitud de la mano, dejaba ver las venas hinchadas de sus dedos temblorosos.

—A la prueba me remito!... dijo Poiret, que no pudo contener en aquel momento una mirada de triunfo, dirigida á Nazario; á ver si es un necio aturdido el hijo de mi padre!

—Lo cierto del caso es, añadió Cachard, que el *Descolorido* está asi como un poco atado.

Fritz, Juan, Nicolás, y en general toda la

banda de los alsacianos, barbullaron algunas frases ininteligibles como queriendo apoyar al Solapado.

Entonces fue cuando Gaston reparó por primera vez en su vestido. Sonrojóse vivamente, y tuvo que apoyarse en un banco para no caer desplomado. Su cabeza, giraba alrededor desvanecida y perturbada.

—Al presente, todos estamos aquí, dijo el *Solapado*; ya podremos volver los bolsillos...

—Sí, replicó el rollizo Worms;—beró el *Tesgolorito* ha denito diembo de sopra bara paciar los suyos...

—Es lo mismo, gordinflon de mis entrañas, es igual, repuso el *Solapado*; fuerza es, de todos modos, que tengamos esta satisfaccion... Ea! yo comenzaré, volviendo mis bolsillos del revés.

Cachard lo ejecutó vivamente. Otros muchos siguieron su ejemplo. Nazario, sin proferir una palabra, mudo, inmóvil y como aterrado, estaba entre los últimos del grupo.

El registro seguía adelante. El voluminoso Pedro Worms no se daba, al parecer, gran prisa á volver sus bolsillos. Permanecía obstinadamente fijo junto á Gaston, que continuaba sentado; el aleman aparecía en aquel momento como poseido de una inesplicable sim-

patia hácia Gaston.

Este miraba alrededor, sin comprender nada de lo que estaba sucediendo: buscaba con los ojos á Nazario, sin lograr descubrirle en ninguna parte.

Nazario se mantenía detrás de los otros, siempre de pié y como formando grupo aparte.

M. Potel, el pagador, había colocado sus redondos anteojos sobre su nariz descolorida. A cada bolsillo que se volvía del revés, sin producir resultado, arrancaba un suspiro de amargura, repitiendo con voz quejumbrosa:

—Soy un padre de familia... Era el único pan que tenía para mis pobres hijos...

El registro de los bolsillos avanzaba, entre tanto, y nada se encontraba sin embargo. El turno iba á llegar muy pronto á Worms y á Gaston.

El buen alsaciano se hallaba al parecer en calzas prietas, para conservar su cándida sonrisa....

En aquel momento Gaston distinguió á Nazario, que trataba sin duda de ocultarse á sus ojos.

Gaston hizo un esfuerzo, y adelantóse lentamente hácia él, sin reparar en su aire de frialdad y disgusto.

—Quisiera hablar contigo, Dragon, le dijo.

—En este momento es del todo imposible, respondió Nazario.

Gaston le asió de la mano, y continuó en voz baja:

—No tengo mas amigo que tú, y necesito forzosamente de un amigo..... Ven.

Nazario, que habia tenido hasta entonces y de propósito vueltos sus ojos hácia otro lado, fijólos en el rostro dulce y dolorido de su joven camarada. Sus ideas comenzaron á tomar un giro diferente.

—Tienes razon, *Descolorido*, dijo al fin; sí, yo soy tu amigo... Vamos.

Y arrastrándole por en medio de aquella muchedumbre asombrada, sacóle fuera.

—Pues á dónde vas tú, Dragon? exclamó Poiret.

—Esto no es cosa de juego, dijo el *Solapado*.

—Señor Tracon! repuso el *Rorro*, que parecia recobrar su primitiva serenidad; esto no es gosa te jueco.... gue Tiaplo!...

Nazario, sin hacer caso de tales clamores, llevó fuera á Gaston, y volviendo á entrar despues él solo, dijo:

—Yo me encargo de él, señores, y yo seré tambien el que ponga en claro este nego-

cio.

Eran las cuatro de la mañana. La anciana Duquesa viuda de Maillepré dormitaba tras de las cortinas enteramente corridas de su alcoba.

Berta, pálida y fría como siempre, inclinando su rostro marmóreo sobre su labor de tapicería, trabajaba estenuada por el cansancio, á los reflejos moribundos de una lámpara, próxima ya á extinguirse del todo.

En la cámara inmediata, Santa á oscuras, y con los pies desnudos sobre el helado pavimento, se hallaba inmóvil junto á la puerta de la habitacion de su hermano. Escuchaba con la mayor atencion.

Durante toda la noche habia brillado luz en el cuarto ocupado por Gaston. Este que habia vuelto ya muy tarde, no se habia dirigido á estampar el beso acostumbrado en la frente de su hermana.

Santa despues de media noche, le habia sentido pasarse violentamente en su habitacion. Luego habia creido escuchar suspiros ahogados, profundos sollozos y el ruido de una pluma, conducida convulsivamente sobre el papel.

La pobre niña comenzó á llorar amargamente, esforzándose á contener sus sollozos,

para no ser sentida...

El ruido habia cesado despues. Las tablas del miserable lecho que ocupaba Gaston habian rechinado últimamente, bajo el peso de su cuerpo.

Sin embargo, seguia Santa escuchando todavia, siempre con los pies desnudos sobre el frio pavimento, con el oido puesto á las rendijas de la puerta; porque, frecuentemente, despues de sus agitadas vigiliass, Gaston, agoviado por la fiebre, se revolvia en su fatigoso sueño lanzando un ronquido muy semejante al estertor de la agonía. Santa le despertaba entonces, y Gaston se calmaba con las dulces palabras de aquel ángel de consuelo, sentado á la cabecera de su cama.

Una noche de tormenta habia seguido á aquel hermoso dia en que el otoño habia robado á la primavera una de sus sonrisas... El viento soplaba y mugia con violencia sacudiendo las viejas ventanas del palacio. Santa, asustada por aquel estrépito incesante, que se aumentaba cada vez mas, creia á cada momento escuchar ayes y gemidos dolorosos al otro lado de la puerta.

Cedió al fin á la inquietud que la atormentaba. La llave giró en la cerradura, y la hermosa niña penetró silenciosamente en la habitacion de su hermano.

Sobre el poyo de la ventana, que en la falta absoluta de muebles, hacia para Gaston el oficio de mesa, habia una bugía medio apagada y algunos papeles esparcidos endesorden. La bugía iluminaba con sus pálidos reflejos el rostro de Gaston que dormia enteramente vestido sobre su pobre cama. Las facciones del jóven aparecian como animadas por la fiebre: en sus labios entreabiertos se hubiera dicho que vagaba una sonrisa... pero en su mejilla brillaba el rastro de una lágrima, aun no enjuta del todo...

Gaston dormia profundamente, y en la mayor tranquilidad. Tal vez un sueño dichoso estendia risueñas quimeras en torno de su espíritu fatigado.

Se habia acercado Santa á la cama, y le contemplaba con una esspresion de tierno regocijo, conteniendo el aliento para no despertarle. Gaston reposaba: no sufría... Santa dió gracias á Dios en el fondo de su alma.

Se dirigió despues hácia la ventana, con el fin de apagar la bugía. Al tiempo de juntar sus bellisimos labios para soplar la luz, fijó los ojos sobre la cubierta de una carta medio escondida entre los otros papeles desordenados. En una esquina de la cubierta estaba escrito su nombre: «Santa»

Desvió los demas papeles; el sobre se des-

cubrió enteramente, distinguió estas líneas escritas en él:

«Para ser entregado á Mademoiselle Santa de Naye, mi hermana.»

Santa vaciló. Un terror vago, pero que lastimaba su corazón, se apoderó de ella en aquel instante. Qué temía la infeliz? Lo ignoraba. Pero sentía una amargura infinita dentro de su alma. Durante toda la noche había pesado sobre sus sienes como una atmósfera de dolor y de espanto. Aquella carta la haría saber acaso...

Retrocedió Santa escondiendo sus manos hácia la espalda por un movimiento maquinal, irresistible... Y se quedó á dos pasos de la carta, con el cuello inclinado hácia adelante, los ojos abiertos, y el pié preparado para huir... Tenía miedo... También sentía fuertes deseos de saber... Aquella carta era de Gaston. Contenia sin duda la confidencia, prometida por él, y esperada por ella con tanto afán... Aquella carta era el alma de Gaston, aquella alma en que Santa no podía penetrar hacia tiempo, y que iba á abrirse de nuevo para ella...

Santa dirigió sus ojos hácia la cama. Gaston sonreía hermoso y tranquilo en su sueño. Adelantóse ella un paso tocando la carta con su mano temblorosa, y la derribó al suelo.

La carta, al caer, se volvió del lado opuesto... No estaba cerrada todavía.

La cogió Santa por segunda vez, y volvió á dejarla, herida de un remordimiento... después la tomó de nuevo. Esta vez la ocultó como un precioso depósito, en su pecho, y se alejó de aquel lugar.

Cerró su puerta cuidadosamente, colocó la bugia sobre su velador y se sentó, olvidada del frío que hacia temblar su cuerpo delicado, cuyos contornos virginales solo estaban cubiertos por un ligero peinador de percal.

Saltó la carta fuera de la cubierta.

Santa recorrió las primeras líneas, y sus lágrimas cayeron en abundancia sobre el papel. Bien pronto se cegaron sus ojos, arrasados y oscurecidos por el llanto. Inclínose al fin, desfallecida, y sepultó su frente entre las manos.

Aquella era la espresion desconsolada de una desesperacion muda, sin gemidos y sin plegarias.

Hé aqui lo que ella habia leído en aquel papel, húmedo todavía de otras lágrimas, vertidas sobre él antes que las suyas, y que aun no habian tenido tiempo para secarse:

«Hermana mia, Dios te ha confiado á mi custodia. Tú no tenias otro sér que te protegiese y te amase, después de mí. Perdóname...

yo te suplico que me perdones. No me acuses, hermana mia, no me acrimines cruelmente, ángel desventurado, cuando te encuentres sola, sola, sin un sér amigo que te ayude á soportar el peso del dolor y de la amargura, que compartíamos los dos...

«Perdon, hermana mia, perdon... Los pocos dias que me quedaban de existencia, te pertenecian... Es cierto, sí, muy cierto... Todo lo comprendo: soy culpable, muy culpable, soy un malvado, al abandonarte así, antes de la hora de siempre... pero un impulso mas fuerte que mi voluntad me ha arrastrado de un modo irresistible. Por la primera vez, en toda mi vida, te he olvidado, para ocuparme de otros pensamientos, á ti que siempre, siempre has sido la primera en mi memoria y en mi corazón... He recordado solamente la sangre ilustre, cuyas últimas gotas circulan por mis venas... Una voz imperiosa ha hecho resonar fuertemente en mis oídos el sagrado nombre de Maillepré... El nombre de nuestro padre infeliz, hermana mia!...

«Oh! yo debiera haber resistido!... El cielo ha humillado hasta tal extremo nuestra raza, que ya el orgullo es una locura entre nosotros. ¿Qué debe importar á Gaston, al artesano miserable, la usurpacion de un nom-

bre, dé un nombre que ya no era el suyo?.....

«Hermana mia!... Oh! querida hermana!... el valor de mis ascendientes... yo siento latir en mi pecho todo el valor de mis ascendientes!.. Sí, una fibra desconocida se estremera en mi corazon, cuando pienso en la espada que voy á esgrimir por primera vez... Y he aquí por qué mis ojos están inundados de lágrimas! Porque yo te amaba, Santa, porque yo te amaba, niña infeliz, como te amaba nuestra madre, que te adoraba... Nunca otra muger en el mundo hubiera llenado mi corazon. Los dias de mi existencia, esos dias que una enfermedad cruel tenia contados ya, estaban consagrados á tí, á tí sola, hermana de mi alma!...

«Solo la mano de Dios debia separarnos... ya lo sé... lo sé!... Y, sin embargo, mañana voy á esponer, voy á jugar esta pobre vida, que era toda tuya, hermana mia!... Voy á arrebatarte la única felicidad que te quedaba en la tierra!... Si llegas á leer esta carta... si esta carta llega á tus manos, es que... es que ya no nos volveremos á ver jamás, Santa...

«Pero escucha... no llores, no llores, por piedad!... Dios es bueno... Dios nos volverá á reunir... seremos felices juntos... muy

felices!...

«Vas á quedarte sola!... Ah! pobre niña, ya no tendrás á nadie á quien sonreir dulcemente... En qué seno depositarás ya tus lágrimas?...

«Dios mio!... permitid que mi vida se prolongue!... Dejádme armarla, adorarla algunos dias mas todavía... La habeis arrebatado á su madre, Dios mio .. Tened compasion!...

«Hermana, hermana de mi alma... ya lo ves: imploro al cielo que conserve mi vida... No me acuses, por piedad, cuando haya dejado de existir... Yo hubiera querido quedarme siempre á tu lado!...

«El hombre que te entregue esta carta, te dirá tambien en dónde está mi tumba... Vé á visitarla algunas veces; yo sentiré tus plegarias..... Oh! cuán dulce me será tu voz!...

«Necesito conservar todas mis fuerzas para mañana... y este adios me asesina!... Si vivo, por ventura, nada sabrás... No habrán sido turbadas por mí ni un solo instante las dulces quimeras de tu sueño infantil... Si muero...

«Adios hermana mia, adios tú, la dulce consoladora de nuestras tristezas! Adios, Santa, amor mio! Adios!... Perdóname, por

piedad... perdóname.. »

Santa permaneció largo espacio, como anonadada. No había podido leer toda la carta. Cuando volvió sobre sí, la tomó de nuevo, haciendo los mayores esfuerzos para terminar su lectura.

Compasion daba ver á la desventurada niña, contener las lágrimas que cegaban sus ojos, para poder continuar aquella carta cruel, ahogando sus profundos sollozos, agoviada, moribunda bajo el peso de su horrible desesperacion. Todo lo comprendia. Su ternura adivinaba perfectamente una palabra terrible, que no estaba en la carta. Se trataba de un duelo: ella lo había penetrado.

Santa se agitó, en la mayor ansiedad, hasta la llegada del dia, combatida por mil ideas encontradas. Ora se hincaba de rodillas, permaneciendo largo rato muda, inmóvil ante la santa imágen á quien dirigia sus oraciones cada mañana; ora se lanzaba violentamente hácia la puerta del cuarto de su hermano, decidida á despertarle, á reducirle y convecnerle... Pero Santa conocia á Gastón; sabia bien que su carácter tan dulce, tan cariñoso y tierno, reunia al mismo tiempo una firmeza inalterable.

El dia la sorprendió inmóvil sobre el pa-

vimiento de su habitacion, vencida, postrada, muerta de desaliento y desesperacion. Se hubiera dicho que no habia ya un solo pensamiento en su imaginacion. Sin embargo, sus hermosos ojos fueron aclarándose poco á poco. Un rayo de esperanza iluminó el límpido azul de sus pupilas. Sus manos se juntaron, elevándose suplicantes hacia el crucifijo. Despues se levantó lentamente. En su frente se leia una meditacion profunda: en cada uno de sus movimientos se pintaba la duda y la incertidumbre...

Al cabo de algunos minutos, Santa enderezó su hermosa cabeza, con un gesto espresivo de resolucion y de osadía, inclinándola inmediatamente despues sobre su pecho, como confusa, y cubiertas las mejillas de rubor..... En seguida, haciendo un esfuerzo como para decidirse del todo, se calzó uno de sus botitos... luego el otro.

Media hora despues, Gaston estaba durmiendo todavia; Santa descendió al patio, y requirió el cordon de la puerta, la cual abrió Biot, desde su cuarto, medio dormido aun, siguiendo un movimiento maquinal hijo de la costumbre, y sin saber lo que se hacia.

Salió Santa del palacio á toda prisa. Las calles estaban silenciosas y desiertas. La hermosa niña emprendió su marcha con paso

rápido y ligero. El viento, que soplaba con violencia, hacia flotar su manton y el velo negro que adornaba su gracioso sombrerito.

Al cabo de algunos minutos, ya había arribado á la calle de San Luis, y asido el aldabon de la puerta de su antiguo taller, en el número 26.

—A quién buskais? preguntó el conserje.

—A M. Romeo, repuso Santa...

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

SEGUNDA PARTE.

EL MARQUÉS SALVAJE.

I.

Buena Señora!

Cuántos prólogos novelescos hay en la vida comun, y cuán pocos llegan al desenlace! Todos nosotros ponemos en acción cada día y á cada hora, el proverbio eterno: *El hombre*

propone y Dios dispone.

En las primeras páginas de este libro hemos visto cinco hombres reunidos para firmar un pacto, que debía hacerles dueños de la fortuna. Estos cinco hombres debían explotar en comun esa mina, abierta á todo el mundo, el amor, que es en nuestro siglo mercantil un valor materialmente descomulgado. Porque el *Don Juan* de nuestros dias, no es ya esa alma grande cuya blasfemia causa espanto, cuya temeridad sublime escita tanto la admiracion como el horror. *Don Juan* entre nosotros, ama por hacer fortuna. Cada uno de sus suspiros pesa un número determinado de billetes de banco ó de pesos fuertes, segun su posicion social. Seduce con método, con sistema, valiéndose del galanteo como de un arte.... y le maneja con tanta destreza como los aduladores, el *Monseñor* y el raterillo la ganza. El *Don Juan* de nuestra época es tambien un ratero, un malvado, un miserable, capaz de sacrificar un corazon al aumento mas mezquino de su capital; capaz de adorar de rodillas á un *ídolo* de sesenta años, con tal que esté dorado; capaz de vender á su propia muger por una miserable medalla de bronce de la esposicion de productos de la industria nacional....

En medio de nuestros cinco asociados vino á

colocarse una muger... Ella sola se ha apoderado de todos los beneficios del pacto.

Siete años pasan luego. En tan largo tiempo, el pacto solo ha producido resultados bien insignificantes por cierto. Digalo Roby, cuyos bolsillos están tan famélicos como de costumbre. Digalo Denisart que á pesar de su decantado pensamiento, se ha visto reducido á fundar un diario con *capitales ausentes*, diario, sin embargo, de grandes esperanzas, titulado el *Proletario*, hoja política, moral, instructiva, literaria, comercial, industrial, agrícola, recreativa y universal en una palabra, á diez sueldos semanales, y redactado por una sociedad de artistas y sábios, ninguno de los cuales es Par de Francia.

Los otros tres han llegado á hacer suerte, pero en bien modestas proporciones. Durandin es dueño de un bufete de abogado; Josepin es médico de mediana nota: veinte ó treinta mil francos de visita; en fin, Duchesnel sigue siendo secretario de embajada.

Asi es el mundo. Los febriles esfuerzos de ese sin número de personas que pululan en nuestro alrededor, desnudándose de todo pudor para *llegar á conseguir*... tienen, por regla general otro resultado?

Algunos llegan al fin que se proponen, es verdad; pero esta es la escepcion. Y la razon

es bien sencilla: en nuestra hermosa Francia solo hay un cierto número de posiciones envidiables. Desprenderse de todos los sentimientos generosos, y cometer las mayores vilezas no basta para medrar, por mas que se diga. Es necesario ademas que á todo esto se reuna la suerte. Cuántos hay que desean vender su alma al *diablo* y no pueden! Satanás sabe calcular tan bien como un corredor de cambios. Y quereis saber mas? Las tres cuartas partes de los que declaman contra la venalidad, lo hacen por envidia!...

Por lo demas, Durandin, Josepín y Duchesnel no se habian elevado por sí solos. Una mano poderosa, les habia ayudado á ello, en cambio de sus buenos servicios. En rigor, cada uno de los tres podia decir que se habia formado una escalera de mugeres, pero no es menos cierto que un brazo robusto habia sostenido este débil andamio que se derrumba con frecuencia, y del que se cae siempre hasta rodar por el fango.

Hablemos claros: no se medra ya por medio de las mugeres, y se acerca un momento en que ni aun servirá para medrar la muger propia. Esto se ha usado tanto que se ha hecho vulgar. Cuando las cosas lleguen á este extremo, *Don Juan* se hundió para siempre. Desde este instante su mision ha concluido; el

honor de sus pasadas glorias es su única herencia. Algunos años mas y se le verá pretender una plaza de cazador....

Escuchad bien esto, jóvenes franceses, á quienes solo la anchura de un mostrador separa de las Marquesas y de las *banqueras*; vosotros que llevais guantes amarillos el domingo, y que todos los dias de la semana podeis probar chales de cachemira en nobles y alabastrinas espaldas. Mas de una vez, estamos seguros, habrá asaltado la ambicion vuestros corazones. Teneis largos y bien cuidados cabellos, finísimas camisas con chorreras, y ademas sabeis bailar la polka, ese baile que nacido en un palacio yace espirante en la *Chaumiere*; vosotros sois hermosos, teneis maneras distinguidas y estais elegantemente vestidos; teneis talento como todos los hijos de la maligna nacion que creó el *vaudeville*: indudablemente debeis maldecir la fortuna que puso la vara de medir en vuestra mano ó la pluma detrás de vuestra oreja. Imprudentes! soñais acaso con un coche, una quinta, una novela...

Una muger?

Pero señores, las mugeres ahora son autores y periodistas y diplomáticos y coroneles; para qué os han menester ya?

Abrid los ojos. El Don Juan varon ha desa-

parecido. Ved ya asomar al Don Juan hembra...

Doña Juana en fin, si asi os parece mejor, la muger conquistadora que va á sacar de quicio al mundo, con un movimiento de su abanico!

Creednos, jóvenes; dirigid vuestras miras á otra parte; pensad en lo positivo; el mostrador conduce á todo, y vuestra vara de medir es una varita mágica. Porque la profesion de hombre irresistible se ha perdido, os lo aseguramos por nuestro honor. Estas señoras no necesitan ya mas que un zapatero y un librero.

Éra la noche de aquel dia en que el caballo del brillante Feliciano Capitales habia hecho rodar por el polvo á Gaston en los Campos-Eliseos. Habia *raout* en el palacio de Pontlevau, salon misto, casa ambigua, situada en los confines del arrabal de *Saint-Honoré*, pero mirando, al través de la plaza de la Concordia, á los últimos palacios del arrabal de San German.

El escelente carácter de madama de Ponlevau y su parentela dividida en dos bandos, reunian en sus salones una concurrencia compuesta de personas que seria imposible hallar juntas en ninguna otra parte; alli

se hallaban en buena compañía leales y apóstatas.

Madama de Pontlevau habia casado á su hija mayor con M. de Varannes, entusiasta servidor de la rama primogénita de los Borbones, y á su hija menor con M. de Baulnes, auditor del consejo de Estado.

Adoraba la buena señora al Duque de Burdeos; pero tambien queria bastante al Duque de Orleans. Lloraba de muy buena gana con el recuerdo de MADEMOISELLE y su madre, pero el objeto de su amor, eran las princesas hijas de Luis Felipe. Todo esto lo hacia ella con la mejor intencion del mundo, y sin otro objeto que divertirse todo lo mas que pudiera.

Habia nacido en 1785, pero su cabeza no tenia mas que diez y seis años. Era una señora de mármol, que se apasionaba de todos, aunque siempre muy superficialmente. Brindaba con el mayor celo y eficacia sus servicios, pero nunca sus ofrecimientos llegaban á ser un favor real, apreciable. Su comidilla era proteger á todo el mundo; pero abusaba tanto de esta cualidad, que su proteccion dividida hasta lo infinito no aprovechaba á nadie. No habia en todo su sér un átomo de maldad; pero en cambio tampoco se encontraba ni una particula de bondad verdadera. Era una nuli-

dad, una negacion, una criatura desprovista de ángulos, y como tallada para cruzar por toda la estension de la tierra sin adherirse á nadie, pero sin chocar tampoco con alma viviente. Su talento era uno de esos talentos volátiles é imponderables que pasan ante la inteligencia de los demas tan desapercibidos como los fuegos fátuos ante la vista. Cuando callaba, se esforzaban los circunstantes en recordar algo bueno en todo aquello que habia dicho. Nunca sin embargo se encontraba nada; sus palabras no dejaban mas huella en el auditorio, que la que deja una raya hecha en el agua.

Se habia tardado á pesar de todo, mucho tiempo en conocer que la buena señora no pensaba jamás. Era una charlatana muy amable; pero en quien era imposible hallar otra cosa que no fuera una voz. Debia haber sido hermosa. Su sonrisa incesante agradaba todavía algunas veces por su finura y su gracia.

Hubiérais recorrido todo Paris, los departamentos y el estragero, sin encontrar una madre mas cariñosa. Se sentia uno casi enternecido con solo oirla hablar de sus hijas. Pero esto no impedia que Maria, la Vizcondesa de Varannes, hubiera pasado su juventud en un conventó, y que Diana, Madama de

Baulnes, hubiera recibido lejos de su madre una educacion estravagante y desgraciada. Pero no obstante de saber todo esto, oshubiera sido imposible dejar de amar á la buena señora.

Esta es la última pincelada de su retrato...

La inquietud y la tristeza estaban pintadas en el hechicero semblante de madama de Varannes, que se hallaba sentada junto á su madre. Su mirada distraida vagaba errante entre la multitud, y solo se animaba alguna vez cuando la voz de un lacayo se elevaba sonora para anunciar su nombre.

A la primera vibracion de aquella voz, los ojos de la Vizcondesa reflejaban un brillo fugitivo. Despues de pronunciado el nombre, su pupila se oscurecia de nuevo.

Su hermana Diana se hallaba á poca distancia en otro círculo. Tambien estaba hermosa esta noche, en que por la primera vez llevaba uno de los aderezos de sus vistas de novia. Silenciosa, inmóvil aunque sin afectacion, no tomaba parte en la conversacion mas que por medio de algunas sonrisas distribuidas como al acaso.

Los inteligentes están seguros de distinguir á la primera mirada, y sin equivocarse.

se jamás, una señorita de una señora joven.

Los inteligentes hubieran llamado á Diana señorita.

Era numerosa la reunion y no carecia de animacion. Madama de Pontlevau poseia á dedillo todas las fórmulas de buen tono del manual inedito de las señoras de las casas donde se recibe.

Este habia sido el estudio de su vida entera. Hubiera podido enseñar á los mas espartos, y gobernaba admirablemente aquella multitud hibrida compuesta de dos elementos rívalos que consentian en confundirse en sus salones.

Por otra parte, sus yernos eran los dos campeones que hacian falta para sostener esta posicion dificil. Las opiniones del Vizconde esplicaban bien la presencia del contingente legitimista; M. de Baulnes ocupaba una posicion que escusaba la admision de los reformistas.

Además, habia allí una ley tácita pero escrupulosamente observada. Era un terreno, un terreno sagrado, de donde estaba severamente escluida toda propaganda. No habia ejemplo de una sola conversacion hecha en aquellos salones. Usamos aqui la palabra conversacion, en el sentido que explica la accion

de los vientos políticos, sobre las veletas humanas...

M. de Varannes y M. de Baulnes eran dos hombres de presencia notablemente distinguida. El primero rayaba ya en la edad madura, el otro representaba menos edad. Ambos parecían en este momento preocupados con ideas tristes, que no podía disipar enteramente la tarea impuesta á su cortesía. Estaban amables, solícitos, risueños; sin embargo, una inquietud misteriosa les arrastraba siempre hácia la parte del salón donde se hallaban sus mugeres.

El Vizconde despreciaba altamente los celos; pero estaba tan celoso que su posición se habia convertido en un martirio continuo.

M. de Baulnes estaba enamorado. Habia encontrado una barrera elevada en el umbral de su alcoba nupcial, y al otro lado de ella, no un pudor sumiso, sino una razonada resistencia: no una jóven tímida y ruborosa, sino una amazona preparada para el combate y defendida por un escudo de sofismas helados, unas de esas frias estátuas que, se dice, hacen tallar los emperadores de la Rusia en tiempos de hielo. Un terror oculto le partía el corazón. No habiendo podido encontrar la clave de este extraño enigma, tenia miedo de todo, dudaba de todo, y fatigaba en vano su inteli-

gencia para hallar otra cosa que vergüenza, bajo la mentira de su título de esposo...

M. de Varannes espiaba á su muger; M. de Baulnes observaba á la suya.

La Vizcondesa padecía con la atencion continuada de su esposo, porque aunque vagamente, se sentia culpable, si no de hecho, por lo menos en el fondo de su corazon. Diana, fria, impassible, risueña, no tenia ninguncuidado de los tormentos que causaba. Su alma torcida carecia de sentimiento, y el convencimiento de haber cumplido el precepto de su extravagante fanatismo, era suficiente para hacerla vivir tranquila.

Era cerca de media noche. Un brillante eordon de señoras circuía los salones. Entre sus dos filas casi inmóviles, otras señoras pendientes del brazo de sus caballeros, paseaban tambien luciendo su gentileza y ricos trages. Una atmósfera densa, perfumada y enardecida llenaba los salones. Aquel paseo lánguido y acompasado parecia una guirnalda sin fin, cuya curva lentamente móvil se rompía algunas veces por un momento, para volver á anudar bien pronto su cadena ondulante.

Por todas partes se veian graciosas flores de diversos matices, entrelazadas á brillantes y sedosas cabelleras, magnificos colla-

res de diamantes, eclipsando con orgullo la blancura opaca de los aderezos de perlas, lindos tocados, orgullosas diademas, y sonrisas malignas ó apasionadas detrás del varillaje de marfil de los abanicos. No se anunciaba á nadie.

Acababan de entrar Duchesnel y el doctor Josepin, médico de la casa.

Josepin habia dado á su larga persona un baño de ridícula tiesura con el objeto de parecer un caballero de buen tono.

Duchesnel, por el contrario, estaba perfectamente á la altura de aquel mundo elegante y frívolo. Era un jóven de mérito que sabia acomodarse á todo, y atravesaba un salón aristocrático con tanto desembarazo como un estaminet.

Después de saludar á madama de Pontlevau, le dijo esta con la mayor amabilidad:

—Todavía solo, caballero!... Qué, nos privará eternamente la señora Vizcondesa del placer de su compañía?...

Forjó Duchesnel una excusa, que podría ser también un cumplimiento, y dejó el puesto al rubio doctor que saludó, se afirmó sus anteojos de oro, sonrió, se ruborizó, enderezóse y tosió.

Madama de Pontlevau estaba embelesada

con todo esto.

Duchesnel dió una vuelta á los salones. En su punto de partida, volvió á encontrar á Josepin que á penas le columbró, se apoderó de él.

—Hola! le dijo, verdaderamente, querido mio, tiene razon madama de Ponlevau.

—¿De qué se trata? preguntó Duchesnel.

—De tu muger, replicó Josepin. No concibo por qué haces eso. Eres celoso?

Se encogió de hombros Duchesnel y dirigió una mirada á su alrededor antes de responder.

—La Duquesa, doctor, la Duquesa!..... y continuó en seguida; la Duquesa es Elisabeth; yo soy Leicester; y mi muger es Ami Robsart.

—No entiendo una palabra, dijo Josepin.

—Pues qué, no has leído á Walter Scott?

—Siempre he tenido la intencion de leerle.

—Entonces, es necesario explicarte..... Elisabeth era reina y tenia cierta edad; Leicester era ambicioso; Ami Robsart era lin-

disima...

—Oh diablo!

—Sí... lindísima como Carlota, que es la criatura mas encantadora...

—Eso es otra cosa! interrumpió Josepin; de modo que tú comprendes que has hecho una necesidad?

—Ni mas ni menos... Una especulacion desgraciada.

—Un grandísimo disparate...

—Creí hacer un buen negocio, pero me ha salido mal la cuenta... La Duquesa se ha puesto furiosa, como si el miserable empleo que su pobre influencia me ha dado, valiese la pena de.. Esto es infame! Por otra parte, Carlota á quien yo habia elegido suponiendo que era todo lo que necesitaba, no ha hecho lo que su cara espresiva y picaresca prometia... Es un dragon de virtud!

—He leído á Gil Blas, murmuró Josepin.

—Por qué me dices eso!

—Como hablábamos hace un momento de Walter Scott... Estamos en la literatura.... y me acuerdo del honrado cómico Melchor Zapata...

Duchesnel se sonrojó ligeramente y miró azorado á su alrededor. Cuando se conven-

ció de que nadie se ocupaba en espiar su conversacion, soltó una prolongada carcajada, y poniendola mano en el hombro del doctor:

—Josepin, le dijo, has puesto el dedo en la llaga... Pero no es eso todo... Además, es tan adorable, tan hermosa!

—Desgraciado!... exclamó Josepin.

—Pobre de mí! es cierto... Leicester estaba enamorado!

—Y no pudo pasar de secretario de embajada? dijo el doctor.

—Era ministro... ó cosa equivalente... y fue destituido.

Josepin serascó la oreja con gravedad, como si estuviera rumiando una receta.

—Mi querido amigo, replicó; esa novela debe ser curiosa... Pero habiéndola leído, eres doblemente culpable...

Notóse en este instante un movimiento hácia el lado de la puerta de entrada, y un nombre, repetido con un interés visible por todas las bocas femeninas, pasó entre las mil conversaciones empezadas.

Era el joven Gaston de Maillepré, el Marqués Salvage, que acababa de ser intróducido en el salon.

Muchas hermosas cabezas se volvieron hácia la puerta. Muchos oídos separaron su

atencion de donde la tenian puesta. Muchos bellos ojos, cuya llama comenzaba á estinguirse bajo la pesada influencia del fastidio, volvieron á brillar y á preparar los tiros de sus miradas...

El Marqués Gaston era el mas rico, el mas hermoso, y el mas original. A pesar de ser tan jóven, su historia era una verdadera novela.

Solo una parte de su vida era conocida del público, la otra mitad estaba rodeada de un misterio impenetrable. Se tenian noticias de algunos amores escogidos, manejados de un modo encantador y singular, se sabian algunos dueles dentro y fuera de Francia, y que en ellos habia muerto en diferentes puntos, á un Conde de Orloff, un lord Effi Gam, un mayor Anspach, un caballero Barberini y hasta un príncipe polonés, cuyo nombre no recordamos en este momento; en una palabra, todos aquellos á quienes está en moda matar. Hablamos aqui del matar con finura, con encanto, finalmente, con una elegancia envidiable.

En todas partes le adoraban; pero le adoraban justamente.

Una escena completamente muda, acompañó su entrada.

Madama de Varannes que estabamuy páli-

da, se ruborizó y bajó la vista, como á pesar suyo, al verle adelantarse. Su marido la espiaba con atencion. Su hermana Diana, en el mismo instante, clavó en ella una mirada tan dura, indagadora y penetrante, que se la hubiera podido tomar por la espresion de un odio celoso. M. de Baulnes observaba á Diana....

El se apercibió de esta mirada... Sus cejas se frunciéron y su vista se clavó inquieta y sombría sobre el rostro del jóven Marqués.

En este momento, el Marqués que se dirigia hácia donde se hallaba madama de Varannes, saludó, al pasar á Diana con una de sus mas graciosas sonrisas.

Duchesnel, que no habia perdido la menor circunstancia de todo aquello, enseñó con un signo los dos maridos á Josepin que se puso á reir con todas sus fuerzas y murmuró afirmando sus anteojos de oro:

—Como soy, que ambos tienen miedo!... Esto es magnífico!

El raoul.

Habia cuatro ó cinco años que se habia oido hablar, por primera vez, del Marqués Gaston de Maillepré. Pero, despues de esta época, París no habia tenido tiempo de apurar todas las circunstancias de aquella brillante y misteriosa existencia, que aparecida de repente y sin anunciarse, parecia haber huido al mismo tiempo las curiosas miradas de la multitud.

El Marqués habia viajado.

En 1830, de vuelta de una larga escursion, se habia embarcado á bordo de uno de los navíos de la expedicion de Africa. El mariscal

Bourmont habia hecho mención de él, en el primer boletín de la conquista... Despues se le habia visto en España, siendo voluntario del ejército carlista, dar sendos tajos y revesses á los cristinos. Pero sus proezas jamás eran de larga duracion. Se hastiaba pronto de un mismo género de vida. El peligro la atraia; pero no podia nunca permanecer mucho tiempo en él.

De modo, que en un mismo mes, asi lo referia por lo menos la crónica de los nobles salones del Sena, se le hubiera podido ver corriendo con el trabuco á la espalda las sierras de Navarra, y poco tiempo despues valsar en Baden ó en París, entregándose de nuevo á otras batallas...

Esto era encantador. Muchos héroes de comedia no son tan interesantes por sus aventuras. Pero todo esto no era nada, en comparacion de los lances de su novelesca juventud.

Figuraos uno de esos encantadores pagecillos que, en la edad media, llevaban á las castellanas el librito de devociones cuando iban á la iglesia, un palmito tierno, gentil, vivaracho y sentimental, unos grandes y hermosos ojos de un azul sombrío, largos cabellos negros y rizados, un talle delgado y flexible, mas hermosura en fin, mas galanura,

mas gracias juguetonas que las que serian necesarias para doctar media docena de lindas mugeres. Figuraos todo esto, y no temais soñar nada, mas seductor ni mas poético. Gaston era superior á todas nuestras ficciones, y Gaston se aparecia de repente entre ese mundo curioso de los salones de París.

No se le habia visto crecer. Nadie habia podido calcular lo que seria, por lo que su infancia prometia ser. Su madre no se habia hecho jamás un adorno.

Su madre, oh! ved si la moda tenia razon para adoptar á este niño! su madre no era una noble dama, conocida de todos; una gran señora de esas, que son parte integrante é indispensable de toda funcion y que cansan á fuerza de ser vistas...

Su madre era una hermosa muger de las praderas del Nuevo-Mundo, de seno purpurino y garganta rojiza, rodeada de un sencillo collar de cuentas de abalorio. Era una heroína de Fenimore Cooper, que habia llevado á su hijo, durante largos y penosos viajes, sobre su espalda, por los senderos solitarios de aquellos bosques vírgenes; era una India de Chateaubriand, quien le habia arrullado en su cuna de corteza de árboles, suspendida de las odoríferas ramas del saxifras...

Pensad en que algunos árabes harto feos, son suficiente causa para llamar la atencion de todo París, y hacerle correr en su busca!

Estos hijos del desierto que ni aun siquiera tienen el mérito de ser desconocidos, pues que hace tiempo estamos acostumbrados á verlos vendedores de *nougat* (4) de Constantina, y que en cambio tienen la maldita costumbre de comparar á todo el mundo en versos kabylas, al sol, al océano, á las estrellas y á la luna.

Nuestro salvage no hacia versos; era hermoso, civilizado: poseia cuantiosos bienes y en perspectiva quinientas mil libras de renta, como heredero del jefe de su familia, su tío el Duque de Compans-Maillepré. Era Marqués, pero no un Marqués adocenado, como el hijo mayor del Duque de Farsalia, que se firma con la mayor seriedad, Marqués de Rubicon, sino un verdadero Marqués, cuyo blason data de diez siglos.

Hemos visto muchos tíos traer sendos millones de la América, pero genealogías!...

Era de seguro la primera vez que semejante fenómeno se presentaba. Probablemente no se volverá á presentar jamás.

(4) Nougat es una pasta compuesta de harina, miel y almendras.

La novedad de todas estas circunstancias, hizo furor en el público parisiense. El Marqués Salváge alcanzó un éxito maravilloso. No podia menos de suceder asi: todos los requisitos necesarios para poner un hombre en boga, se encontraban reunidos en él. Bajo aquel extraño título de *Marqués Salvage*, quedaba oscurecido en cierto modo su verdadero nombre. Los que hablaban de él sin conocerle, y sobre todo los oficiales subalterno del ejército fashionable, se habian acostumbrado á llamarle siempre de este modo.

Sabiase que era nieto del Duque Juande Maillepré,—Maillepré, compañero de M. de Lafayette, y que habia muerto prisionero de una tribu de Cherokos: esta historia estaba reasumida toda entera, y admirablemente, en el sobrenombre de *Marqués Salvage*.

Nadie, á pesar de estas noticias, sabia detalladamente las circunstancias de su vida. Lo poco que de ella era conocido, se debia á las indiscreciones de un jóven abogado del tribunal de primera instancia del Sena, llamado M. Emilio Durandin, que habia tenido en su poder, á la llegada del Marqués á Paris, todos sus títulos y papeles de familia, para el caso, muy posible sin duda, de que el señor Duque de Compans-Maillepré se hubiera negado

à reconocer este heredero llovido de las nubes.

El señor Duque, debemos decirlo sin rodeos, no habia manifestado, sin embargo, el menor género de duda y habia acogido hasta con gratitud este apéndice añadido à su familia.

Por lo menos, esta habia sido la opinion general, y esta opinion era tanto mas probable, quanto el que Señor Duque no tenia hijos...

Durante estos cuatro, ó cinco años, el Marqués solo habia permanecido en París seis meses, todo lo mas. Casi constantemente estaba viajando, ó vivia de incógnito sin saberse donde, porque muchos aseguraban haberle encontrado, precisamente en ocasion que se le suponía en alguno de estos viajes.

Era tanto mas querido quanto que se le poseia poco y no se disfrutaba de continuo sus gracias.

Estas ausencias repetidas y sobre todo aquel misterio que le rodeaba, por mas que él afectase vivir con ruido y ser conocido de todos, hacian que su mérito resaltase mas y mas y que su voga creciera en vez de disminuirse.

Una circunstancia que daba una seguridad indestructible à su posicion y ahuyentaba has-

ta la sombra de una sospecha ofensiva, acerca de la legitimidad de su título y como dice el código de su estado civil, era que el señor Duque de Compans-Maillepré no era hombre capaz de aceptar ligeramente ó sin un éxamen detenido un paresteco dudoso. Aun recordaban algunos que en 1825 y 1826, habia confundido por medio de un litigio á toda una familia de aventureros que pretendian tener derecho al nombre de Maillepré. Todos los individuos de aquella familia habian desaparecido. Los tribunales, bien penetrados de la justicia, habian desechado unas alegaciones que no estaban sostenidas por ninguna prueba escrita. Los tribunales! Dios mio! cuántos nobles é intachables señores, como el señor Duque de Compans, se verian sin ellos á merced del primer pillo que llegase!...

El auto contra la apelacion de estos impostores, habia sido dado en rebeldía. Habian prometido presentar ciertos documentos que esperaban de Boston. Pero el jefe de la familia habia muerto en una boardilla miserable y de mala nota, de la galeria de Valois, en el Palais-Royal, justamente la vispera de pronunciarse la sentencia.

Su madre, su esposa, sus hijos... Pero verdaderamente, no sé por qué nos hemos de ocupar por tan largo tiempo de estos desgra-

ciados!...

Gaston habia llegado de América un año ó dos despues de este proceso. El jóven abogado Duradin le habia de intermedario para con su tio. Todos sus títulos habian sido aprobados aunque despues de un escrupuloso exámen. Solo uno faltaba: era este el acta de defuncion del último duque, que como hemos dicho antes, habia muerto entre los Cherokos. En su consecuencia, Gaston, por una delicadeza llevada al extremo, no puso sobre su escudo mas que la corona de Marqués.

Aun dejando aparte este origen extraordinario, que bastaba por sí solo para hacerle un hombre *escéntrico* á todas luces, sin contar tampoco con su fortuna y su hermosura casi incomparable, el jóven Marqués poseia en el mas alto grado todas las seducciones que atraen y encadenan á las mugeres. Su genio audaz, caprichoso y raro hasta el extremo, dejaba ver algunas veces destellos de irresistible poesia. Su aspecto moral se cambiaba con harta facilidad; echábanse de ver en él algunas contradicciones tan notables, que se negaba absolutamente á todo exámen. Frio hoy, y burlon hasta rayar en amargo mañana, su corazon latia violento entre mil transportes de pasion.

La muger que él habia dominado y con-

fundido bajo el peso de algun capricho despótico, le encontraba sumiso, tierno, suplicante.

Si contaba algunos detalles de su infancia, perdida en el borde de los grandes lagos, las diversiones salvages de su adolescencia, los peligros de la caza ó las marchas penosas y sufridas de la guerra, sus maneras y sus palabras siempre cautivaban la atencion, siempre seducian. Continuaba despues describiendo su entrada brusca en la civilizacion, su llegada á New-York, donde se habia encontrado de improviso rodeado de hombres de rostros blancos como el de su padre y el suyo, antes que el ocre cáustico se le hubiera enrojecido...

Cuán dulces y novelescos pensamientos inspiraba á todas aquellas que, arrastradas por el giro rápido y caprichoso de su narracion, corrian con él todos aquellos sitios, bajo el gigantesco pabellon de los bosques del Nuevo-Mundo!.... Como se estremecian al ver el *tomahavk* de algun gigante de piel colorada, girar al rededor de aquella hermosa y noble frente, amenazando aquellas sienas defendidas solo por el adorno de sus bucles de seda, suavemente agitados.... O bien al contemplar, en una noche oscura detrás de un tronco negro, y medio ocultos por una cabellera

áspera y enredadas dos ojos centelleantes....
 un hombre desnudo que espera con el oído
 alerta, como un tigre en acecho.... un dedo
 que rodea el gatillo de un mosquete prepara-
 rado.... un niño, que ignorante del peligro,
 se adelanta confiado entonando la cantinela
 que le enseñó su madre.

Habia una muger, una criatura noble y dulce,
 que le amaba con pasión silenciosa y profunda.

Otras sencillas mariposas habian quemado
 al pasar los extremos de sus alas, en la in-
 constante llama de aquel fuego fátuo que las
 llamaba y atraía alejándose despues de ellas;
 otras habian suspirado al contemplarle; un
 día, un mes, un año... y habian suspirado
 tan tierna y profundamente como las heroi-
 nas de novela, en el intermedio de dos valeses
 y siempre que los graves cuidados de su to-
 cador les habian dejado tiempo para pensar
 en ello. Otras se le habian brindado volunta-
 riamente haciendo alarde de su amor, y fun-
 dando su felicidad y su gloria en verse venci-
 das. Otras, casquivanas, enredadoras, y aca-
 so tan coquetas como él mismo, habian acep-
 tado el combate como de burlas y por juego,
 luehando con esas armas de la cortesania,

que se deslizan siempre por los flancos sin herir jamás el fondo del corazón. En fin, otras le habían amado quizás verdaderamente y con toda su alma, olvidándole después.

Solamente una conservaba siempre abierta la herida. Era esta Maria de Varannes, María de Varannes, muger de tierno corazón, tan tierno como altivo, á quien una derrota hubiera causado la muerte de seguro; Maria de Varannes, cristiana ferviente que imploraba sin cesar al cielo fuerzas para resistir al amor que devoraba su alma. Era pura todavía... pero amaba demasiado para no abrigar remordimientos. Su conciencia la mostraba á todas horas el abismo abierto ante su debilidad.... Amaba, amaba con todo su corazón. Las mugeres como ella, para quienes el amor es mas bien una desgracia que un crimen, ignoran completamente el arte de la hipocresía, que salva á tantas culpables, indignas de perdon. Los combates crueles que agotan casi del todo su virtud espirante, roban á su frente esa calma serena, y á sus labios esa tranquila sonrisa, que espresan siempre el bienestar que resulta del cumplimiento de los deberes. La fisonomía, ese libro escrito en caracteres desconocidos cuyas páginas ofrecen á cada mirada sentidos diferentes, y en el que solo la estupidez se lisonjea de

leer de corrido, la fisonomía no es una máscara útil para estos pobres corazones desgarrados. La fisonomía espresa siempre su dolor y sus tormentos, y ese dolor, esos tormentos son una acusacion.

La muchedumbre, que pasa indiferente, que no examina nunca, que no analiza, siempre al ver la desgracia supone el crimen. Y esta es tambien la historia de los doce mercaderes, constituidos en jurado y encargados por la ley de decidir de la suerte de un hombre.

Pero dejando aparte que estos augustos jueces suelen tener algunas veces pesos falsos y romanas acomodadas, para mayor prosperidad de su honorable comercio; es notorio ademas que la perspicacia no es su fuerte generalmente; y es indudable que el mismo Jesus, sin un buen defensor, correria peligro de ser condenado segunda vez en su tribunal. Pero justo es confesar que en cambio absolveria á Barrabás con tal que este ladron tuviese tienda abierta. Y no faltan razones para obrar asi. La primera y la mejor consiste en que la pobreza no es un ejercicio, una profesion....

Ademas, el que tiene hambre necesariamente ha de caer en la tentacion de robar... esto es mas claro que la luz del dia. De donde

se sigue que hay mil razones para apostar que tarde ó temprano... En fin, lo mas seguro es ahorcarle.

Bien considerado, no eran precisamente las hablillas maliciosas del mundo las que daban pena á Maria de Varannes. Ellas las ignoraba completamente. No sabia que mas de veinte ojeadas burlonas espiaban de continuo el rubor de sus mejillas ó la sonrisa de sus labios; y que mas de cuatro señoras cuchucheaban detrás del abanico, dejando escapar esas medias palabras que corren de boca en boca con el carácter de chistes inocentes, y que al fin se convierten, sin saber como, en acusaciones amargas y mortales.

Unicamente sufría porque su alma cristiana y pura se llenaba de indignacion á la sola idea de una lucha contra el deber; sufría y sufría horriblemente, porque al querer revestirse de valor, solo encontraba debilidad y flaqueza dentro de si misma. Sufría, porque el presente lastimaba su pudor altivo y arrogante, porque el porvenir la llenaba de esparto...

Ciertamente, concurrían á los salones de madama de Pontlevau encantadoras mugeres para quienes hubieran pasado desapercibidos estos, escrúpulos precoces, estos re-

mordimientos prematuros...

Aquellas encantadoras mugeres hubieran tenidosos amantes á la vez, hubieran tenido tantos amantes como es posible tener, sin traspasar por ello ese limite arbitrario en que comienza el aislamiento, y la falta absoluta de comunicacion con el mundo.

- Aquellas encantadoras mugeres llevaban impresa en su semblante la dulce tranquilidad de sus conciencias. Nadie pensaba ni por asomo en hablar de ellas. Se habia hablado tanto ya! Pero todos los hombres se decian, mirando al brillante Marqués y á madama de Varannes:

- —Decididamênie... es cosa hecha!

Por lo que hace á las mugeres, es dificil, es mas bien imposible trascribir esactamente su modo de espresarse en estas materias. Lo que ellas dicen, no significa nada; pero ellas se entienden.

—Desde que M. Esprit es presidente del Consejo de Ministros, decia Leon Duchesnel al doctor Josepin, me hallo en el caso de dedicarme enteramente á hacer la corte á Lea Verin...

—Está contenta con su médico? preguntó Josepin.

—Yo no lo sé.

—Quién es?

—El doctor Garance.

—Un borrico!..... A fé mia, que su asistencia debe serla insoportable, odiosa.....

—Abominable!..... Pero el doctor Garance tiene una buena circunstancia: Madame de Verin no es ya una linda muchacha...

—Ya lo creo..... lo creo sin que lo jures!...

—La Duquesa me perdona la asiduidad de mis obsequios hácia ella, por esta circunstancia, mientras que si fuese una beladad...

El doctor Josepin miró á Duchesnel por cima de sus anteojos.

—Sabes que estás haciendo el papel de un Auvernes! murmuró el rubio doctor con tono de conmiseracion.

—No hablemos mas de eso!... repuso Duchesnel encojiéndose de hombros.

—Despues de siete años, continuó Josepin, todavia no has pasado de secretario de embajada!... Y en la precision de mantener carruaje... como puedes vivir?

—Con esperanza... respondió el diplomático; al fin puede llegar el dia de la for-

tuna.... Despues de esto, tengo tambien escelentes recursos... la Duquesa Lea Verin...

—Y madama de Melchor Zapata, interrumpió el doctor.

Las brillantes parejas que paseaban cambiando entre sí elegantes naderías y nobles insulseces, se hubieran admirado mucho seguramente al escuchar aquella conversacion excéntrica en los salones de Pontlevau.

En general, las conversaciones en estos sitios suelen ser mas rebozadas, y es ya costumbre establecida preparar de otra manera una confidencia. Pero Duchesnel y el doctor eran antiguos y escelentes amigos...

Habia conquistado el Marqués el brazo de madama de Varannes. Los dos se hallaban mezclados entre los paseantes del salon.

Diana, reuniéndose á un caballero, al mismo tiempo que ellos, les habia seguido á cierta distancia. Diana era curiosa y acaso tan mala como todos los corazones ociosos y desocupados, que desconocen el amor.

Tal vez los dos maridos, sin quererlo ellos, se dirijieron hácia el mismo lugar arrastrados en su movimiento como dos satélites atraidos por sus planetas.

Los dos maridos nada vieron sin embargo esto es lo que sucede siempre por regla gene-

ral. Pero Diana supuso muy luego que aquel mismo día su hermana había paseado mano á mano con el Marqués.

Era Diana una jóven sin mancha: pero Diana necesitó muy poco, sin embargo, para hacer una mala suposicion..... Diana supuso, y supuso el mal... En dónde había aprendido ella todo esto?

Nosotros lo ignoramos completamente.

La nueva secta, para estraviar el entendimiento y secar el corazón de sus adeptos, debe arrojar lejos de sí tales lecciones...

Lo cierto es que M. de Baulnes apercibió perfectamente la espresion de alegría infame que brilló en el semblante de su muger. Esta estaba sin duda muy satisfecha de la buena inteligencia que había sorprendido entre el Marqués y su hermana. Estaba muy contenta... Y por qué?

La posicion escepcional de M. de Baulnes tenía siempre abierto su corazón á todo género de sospechas. Nada, en verdad, debía parecerle increíble, en tales circunstancias.

M. de Baulnes vió á M. de Varannes, que también estaba en acecho. M. de Varannes, al apercibir una mirada fija en él, sintióse, como avergonzado, porque creyó descubierta sin remedio la secreta herida de su corazón. Sonrojóse, pues, y bajó los ojos al suelo. M.

de Baulnes se detuvo. Una idea repentina habia brotado entre el tumulto de sus celos; sus ojos midieron de alto á bajo á M. de Varannes, con una espresion de desconfianza y de ódio.... Despues ganó la puerta, y salió precipitadamente, buscando aire que respirar. Estaba sofocado... se ahogaba. Nunca se habia visto á madama de Pontlevau mas afectuosa y jovial que aquella noche. Al pasar junto al Marqués se detuvo un momento, dirigiéndole las palabras mas encantadoras del mundo. El Marqués, por su parte, formó círculo con madama de Pontlevau, que estuvo amabilísima, adorable; y queriendo corresponder á su galanteria cortesana, dió una prueba mas de ser el hombre amable por escelencia.

Al cabo de una hora, levantóse de improviso y comenzó á recorrer los salones, como si buscase alguna cosa entre la muchedumbre...

El Marqués tenia algunos aduladores, pero no contaba siquiera con un amigo, á no ser M. de Varannes, á quien habia hecho algunos servicios, de que este se acordaba siempre. Pero no era M. de Varannes á quien buscaba en aquel momento. Dos ó tres veces, respondiendo á los saludos de algunos de los concurrentes, compañeros de diversion, habia estado para acercarse, incorporándose con ellos.

Después se había detenido.

Distinguió al fin, á Josepin y Duchesnel, y llegóse á ellos inmediatamente.

—Caballeros, me contemplo feliz al encontraros, dijo al retuirse.

—Señor Marqués... comenzó á decir Josepin, os ruego que creais que yo mismo me contemplo muy dichoso al...

—Estoy enteramente persuadido de ello, Doctor... Mañana os necesitaré á los dos, á las diez.

—Os ha sucedido alguna desgracia?

—Todavía no... Se trata de un duelo, y espero que tendreis la bondad de ser mis testigos...

—Con muchísimo gusto, dijo Duchesnel.

—Cómo, de un duelo!.... murmuró Josepin.

El Marqués hizo un saludo y se alejó diciendo.

—Caballeros, cuento con vosotros.

Cuando se hubo retirado el Marqués, Duchesnel dióse un golpecito en la frente.

—Resta saber, repuso, si el duelo es con Mr. de Baulnes ó con Mr. de Varannes... Cuándo se ha visto representar un papel semejante con tanto aplomo!...

—Ah! pero... exclamó Josepin; yo nunca me he visto en ese terreno, y he leído, no sé

en dónde, que algunas veces los testigos están obligados á batirse también...

—Poltron, dijo Duchesnel. Eso que estás diciendo sucedia hace cien años...

—Eso es otra cosa, replicó Josepin; si hubiera sido necesario batirse, mis principios no me hubiesen permitido ser de la partida.



Detrás de la cortina.

La primera luz que clarea las horribles tinieblas del espíritu, en las horas de terror ó de mortal desesperacion, brilla siempre como un faro de salvacion en medio de una tormenta deshecha. El alma se lanza entonces con ferviente entusiasmo tras el benéfico rayo que ilumina el camino, único que existe quizás, para salir de la angustiosa situacion que la rodea. Entonces no se reflexiona. No se ven los obstáculos que interceptan aquel sendero, como una barrera insuperable, contra la cual se ha de chocar necesariamente, al ca-

minar á ciegas. Una viva reaccion se obra contra el terror que helaba el alma; una reaccion de confianza, insensata tal vez, pero que alivia el corazon, dándole fuerzas para lanzarse detrás de aquel rayo que le deslumbra.

Nada de cálculo en aquel momento. Aunque mediara un abismo entre el desgraciado que sufre y aquella esperanza que le sonrie desde lejos, tal vez para burlarle despues, se lanzaria con ardiente afan, fijos los ojos en el fanal que vislumbra lejano, sin detenerse á mirar la barrera, levantada junto á él, delante de sus pies, y que va á rechazarle con violencia, arrojándole otra vez desesperado y muerto, en el profundo abismo de su inerte apatia...

Santa habia abandonado el palacio de Maillepré, arrastrada por ese impulso desconocido y vago, colocada bajo el imperio de esa especie de misteriosa atraccion, á cuyos consejos es siempre tan dócil el desconsuelo y la amargura.

Durante todo el camino, su inteligencia perturbada habia seguido aquel primer impulso irresistible sin detenerse á penetrar mas allá.

Ella habia salido del palacio murmurando con la mejor fé del mundo: él nos protegerá!

Y se dirijia en busca de aquella proteccion que ella se habia prometido á sí misma. Pero apenas habia traspasado el umbral del número 26, cuando su valor estaba ya desvanecido del todo.

Asi sucede siempre. La luz deja de brillar, y el corazon se queda sumerjido en mayores y mas espantosas tinieblas. Entonces ya no se ve nada... no se sabe nada absolutamente... Y el pobre corazon se pregunta á sí mismo, si es posible que haya dado abrigo á una esperanza.

Dió la pobre Santa algunos pasos en el patio que separaba los dos talleres, y se paró entre la puerta de madama Sorel, la bordadora, y la del escultor Romeo.

A qué habia ido á ella á aquel lugar? Romeo para ella era un extraño. Jamás habia hablado con él; solo por casualidad sabia su nombre. Tenia los ojos clavados sobre las piedras del piso, todavía mojado por el agua de la reciente tempestad.

Algunos minutos permaneció de esta manera. Todos dormian aun en los diferentes pisos de la casa; ninguna mirada curiosa acechaba en aquel momento las dudas vacilantes de Santa. El conserge que la habia abierto la puerta la creia ya hacia tiempo mano á mano con el escultor, cuyos amores ma-

tutinos maldecia él en compañía de su cara mitad, madama Jalambot.

No era Jalambot, ni con mucho, tan buen mozo como el príncipe Alberto de Inglaterra, ni su muger poseia aquella fusta real de que se refieren tantas y tan sorprendentes proezas. Pero ella tenia una alcoba... Jalambot era un desventurado portero.

Rojelana de Jalambot, hija de Poux, reinaba despóticamente en la porteria, que era una especie de Windsor en miniatura.

Jalambot solo encontraba treguas mientras estaba durmiendo. Miraba su sueño como el príncipe Alberto á sus patines; aquella visita intempestiva le habia puesto de malísimo humor, y si él habia reconocido en Santa á una de las oficialas de Madama Sorel, ciertamente que la habia hecho uno de esos recibimientos abominablemente frios, cuya secreta fórmula poseen en el mundo solo los porteros de París.

La pobre niña no sintió demasiado este recibimiento. Su horrible amargura excluía cualquier otro sentimiento vulgar en aquel instante. Pero se habia quedado inmóvil. La barrera de que no se habia apercebido antes, estaba allí, delante de ella...

El blanco de sus deseos buia ya de sus ojos... Y cuál era, por otra parte, este blanco?...

Ella misma no sabia darse cuenta de él. Y la pobre niña no osaba avanzar, ni retroceder, ni retirarse.

Un pensamiento ardiente y repentino habia pasado por su imaginacion en medio de las angustias mas violentas de su dolor... Y la habia sonreido tan dulcemente este pensamiento! Habia hecho brotar una esperanza en su corazon... Una esperanza y de qué?... Ella no lo sabia. Nosotros no lo sabemos tampoco.

Pero de repente recobró el valor y la fé, porque el recuerdo de su hermano acababa de herirla nuevamente.

.....

 Hacia un cuarto de hora que Romeo estaba levantado.

El dia estaba hermosísimo. El escultor, de pié en su taller particular que comunicaba con su alcoba, estaba retocando con una especie de cariño y ternura, un bustito de mármol, cubierto con un velo de gasa.

Aquel busto era para él como una reliquia piadosa, cuyos misterios no debia violar ninguna mirada profana.

Hé aqui lo que habia sucedido algunos meses antes, á propósito de un primer ensayo de aquel fragmento precioso, del cual ya era aquella la segunda edicion.

Uno de esos avispones artísticos, que tienen guantes amarillos, desmesuradas barbas, un tilbury y muchísimo génio por añadidura, de esos Mecenas vulgares, protectores indiscretos, cuya proteccion no sirve á nadie nunca para maldita la cosa, y que hacen alarde de dar *impulso* á las artes, uno de esos importunos que son el azote de los talleres, vino una mañana á casa de Romeo.

El busto estaba entonces cubierto con su cortina, en un rincon del taller, que daba á la calle.

Romeo tenia la costumbre de recibir muy pocas veces á los importunos que iban á ases-
tar su anteojo á las estátuas del taller, y á decir, por ejemplo:

—Ah! diablo!... Divino!... no está mal, no está mal!... perfectamente estudiado!... los vestidos.... magnificos, magnificos!... Muy bien, á fé mia, muy bien, muy bien!...

Romeo, pues, saludó al avispon, sin dejar su trabajo, y dejóle hacer los honores del taller.

Colocó el avispon el anteojo en su lugar, puso su baston tras de la espalda, y dió principio á esos gestos increíbles y ridículos con que espresan su admiracion los que quieren pasar la plaza de amantes de las artes. Pero el avispon se fatigaba en vano. Romeo no le

miraba siquiera.

A los cinco minutos, es mas que probable que Romeo se hubiera olvidado de su presencia en el taller.

Mas de repente lanzó el avispon un verdadero grito de asombro. Volvióse Romeo, y su semblante se tornó al punto pálido de cólera. El antejo del avispon estaba asestado al busto. La cortina que ocultaba este, se hallaba levantada. Esto hizo en Romeo el mismo efecto que si hubiesen arrancado la careta á una muger apoyada en su brazo.

Lanzóse, pues, hácia el indiscreto avispon, que aun seguía mirando el busto con su antejo.

—Romeo, dijo este (el avispon llama siempre á los artistas por su nombre), Romeo, esto es lindísimo, lindísimo, lindísimo, lo juro por mi honor!... Os doy mil escudos por...

Romeo se apoderó del busto, miróle un instante, y despues le hizo pedazos, arrojándole violentamente contra el piso del taller. Hecho esto, asió por los hombros al avispon y le plantó en la calle.

Hizo despues otro busto; pero escondióle mejor á las miradas indiscretas de los avispones.

En el cuarto donde estaba Romeo, solo ha-

bia este busto que fuese obra suya. Aquella habitacion era mas bien un gabinete que un taller. Algunos fragmentos de bajos relieves antiguos se hallaban confundidos alrededor del gabinete, y colocados sobre varios de esos muebles, tan apreciados por los artistas, y cuyos caprichosos calados buscó con tanto afan el Renacimiento. En una de las ventanas, que miraba directamente á las de la casa de madama Sorel, un alfiler clavado en la cortina dejaba entre sus pliegues un agujero, hecho á propósito, para mirar desde allí á las ventanas de enfrente.

Estaban colgados en las paredes, algunos esquicios de nuestros artistas modernos, firmados casi todos por nombres nuevos entonces, pero que ya, en la actualidad, aparecen coronados de gloria.

En medio de un tablero vacío, se veian dos charreteras de capitán, un par de pistolas de arzon, un sable de caballería y una cruz de honor.

Romeo tenia puesto un casquete turco, de larga y espesa borla. Una especie de blusa de cachemira se ajustaba en pliegues á su cuerpo con un cinturon igual á la borla del casquete.

Trabajaba á la sazón cantando alegremente. Su voz correspondia en un todo á lo demas

de su persona franca, vigorosa y esperta. Tenia sin duda su voz ese acento vibrante y juvenil que llega al corazon, y esas notas varoniles cuya dulzura se asemeja tanto á los nobles ecos de un clarin, que resuena lejano en la espesura de los bosques...

Romeo trabajaba, pero trabajaba á su manera, y mas bien por retocar el busto y pulir lijeramente los contornos de aquel semblante angélico, que por corregirle verdaderamente. Aquel trabajo era mas bien un juego, una distraccion, una especie de obsequio cariñoso y continuado, hecho á aquel busto querido, y en el que la cortina de seda blanca tomaba tambien su parte.

A cada momento, Romeo se alejaba, miraba y volvía despues á acercarse de un salto, cambiando ó modificando algunos pliegues de la cortina, haciéndola caer, ó levantándola de nuevo para descubrir mas ó menos el bellissimo busto.

Al mismo tiempo, se sonreía dulcemente contemplando su obra, y la enviaba sus besos con la mano...

No debia parecer Romeo en aquel instante un loco, un enamorado, un niño?... Ciertamente que sí. Pero era sin duda un niño terrible, un niño con brazos y corazon de hombre...

De improviso resonó un ruido ligero en su alcoba. Romeo se puso encarnado, como un culpable sorprendido in fraganti, y se lanzó como un rayo hácia el busto, cuyo velo hizo caer con cierta espresion de diligencia celosa. El busto quedó completamente oculto por su velo.

Romeo se puso á escuchar atentamente. El ruido habia cesado.

—Qué diablos haces tú ahí, Capirote? gritó el escultor.

Capirote era un muchacho, amante en miniatura de las artes que á la manera de los antiguos caballeros, á quienes las leyes de la caballeria obligaban á servir antes de concederles el derecho de mandar, estaba en casa del escultor para tener cuidado del taller, reuniendo ademas las funciones de recadero, de lacayo y de ayuda de cámara, con el objeto de que todos estos oficios le convirtieran á su tiempo en un gran artista.

Capirote no respondió.

Pero debemos decir que esta era siempre su costumbre. Capirote estaba dominado por la pasion del juego... Se hallaba entonces jugando á las bochas con Luisillo, el heredero lejítimo del desventurado Jalambot.

Repitió Romeo su pregunta con tono de impaciencia.

Capirote no respondió tampoco, y era natural, porque en aquel momento se hallaba en el taller de abajo con su contendiente Luisillo, y estaba ganando nueve sueldos á las bochas.

Romeo abrió bruscamente la puerta.

Distinguió entonces una muger inmóvil, de pié, en medio de su misma alcoba. Aquella muger tenia las manos juntas y la cabeza inclinada hácia el suelo. Romeo no podia distinguir su semblante, que estaba además cubierto con un velo negro. Ella aparecia en la actitud de una persosa detenida bruscamente en su camino... Sin duda la voz del escultor la habia asustado y sorprendido en el momento mismo en que ella atravesaba la habitacion.

Romeo no la reconoció; pero una emocion vaga, incomprensible, le ajitó hasta el fondo de su corazon. Y Romeo no era seguramente hombre capaz de conmoverse á la vista de una aventura vulgar... Esto no podia escitar su vanidad, ni producirle un placer que fuese bastante á causarle tan repentina ajitacion. Tenia ocupado el corazon, y ciertamente que no hubiera sabido como acoger la dudosa felicidad de una conquista inesperada.

—Qué quereis, señora? preguntó él.

La recién venida no contestó. Su pecho se

estremecie ajitado.

—Os habeis equivocado quizás?... repuso Romeo.

—No; respondió Santa en voz baja y entrecortada; no me he equivocado.

Aquella voz, que Romeo no habia escuchado jamás, resonó en sus oídos con un acento dulce, halagüeño, vibrando en el fondo de su alma como las notas olvidadas de una canción querida.

Adelantóse él lentamente. Su corazón suplia á su vista: un vago presentimiento le hacia latir. Mas bien que á reconocer, comenzaba á adivinar...

—Señorita... dijo: vos en mi casa... es por mí... por quién habeis venido?...

Su voz temblaba estremecida.

—No... murmuró Santa; es por él!...

Y elevando sus manos juntas, echóse el velo sobre la espalda.

Romeo fijó sus ojos en aquel rostro de niña, tan cándido, tan dulce, tan parecido al rostro delicioso de los ángeles... Aquel rostro, que visto desde lejos, habia estremecido su ser con la mas imperceptible de sus sonrisas, precipitando por sus venas el curso acelerado de su sangre... Aquel rostro, en que Dios habia apurado todos los rayos del candor de los cielos, aquella frente circuida, como por

una santa aureola, por los purísimos reflejos del pudor virginal...

Ah!... dónde estaba entonces aquella sonrisa adorada!... en el dulcísimo azul de aquellos grandes ojos, no lucía el brillo sereno de otras veces. Aquellas pestañas fatigadas por el dolor, estaban cubiertas de lágrimas.

Romeo había palidecido. Ni aun se atrevía ya á dirigirla una pregunta.

—Por él, continuó Santa, esforzándose á contener sus ahogados sollozos; por él, que va á morir si alguno no le salva.

—Yo le salvaré! dijo Romeo; qué es preciso hacer?

—Ah! Dios mío! repuso la pobre niña; yo no sé... yo no sé!...

Ella no pensaba ya en explicar su venida. Romeo no manifestaba tampoco admiración ni estrañeza.

En la ausencia de Capirote, Santa había encontrado la puerta abierta. Había entrado... Ella misma no podía explicarse nada más que esto...

—No lloreis, replicó Romeo; le salvaremos, sí, le salvaremos, cualquiera que sea el peligro que le amenaze!... Oh! señorita, yo le conozco también... y también le amo...

—Vos le conocéis?... repitió Santa, que al oír aquellas palabras consoladoras, ha-

bia sentido iluminado su corazón por un rayo de esperanza...

—Sí, yo conozco á vuestro hermano! exclamó Romeo; os he seguido á los dos con mucha frecuencia, cuando volviais juntos al palacio de Maillepré.. Cuánta ternura manifestaba siempre hácia vos!... Y yo le quería con todo mi corazón... solo porque él os ama!...

Santa no se sonrojó. Al través de las lágrimas, casi brilló una sonrisa entre sus labios.

—He hecho bien en venir..... dijo ella.

—Le salvaremos! repitió Romeo; le salvaremos, yo os lo prometo, señorita!..... Oh! sí, vos habeis hecho bien en venir... Yo soy vuestro..... soy suyo tambien, tanto como vuestro..... ¿No sé yo acaso que él es el que hace vuestra felicidad?...

—Gracias..... gracias!..... murmuró Santa.

Romeo la tomó de la mano y la hizo sentar.

—Sé tambien... continuó Romeo, vacilando, sé tambien... que bajo su vestido de artesano se oculta un caballero... Perdonadme, señorita, perdonadme... yo no

debo entremeterme... además, ignoro su secreto..... ignoro hasta su verdadero nombre..... Pero, hablemos del peligro que le amenaza.

—Va á batirse..... Va á un duelo! dijo Santa.

—Yo me batiré por él exclamó Romeo.

Aquellas palabras salian del fondo del alma. En los ojos de Santa, donde las lágrimas se iban secando, brilló un rayo de gratitud.

Despues su cabeza se inclinó de nuevo.

—Es valiente y altivo! murmuró ella suspirando; no querrá!

—Que quiera ó que no quiera, señorita, yo le salvaré... os digo que le salvaré... Vos no podeis comprender mi felicidad al haceros esta promesa, y el gozo que llenará mi alma, al cumplirla..... Hace ya tanto tiempo que mi vida se sostiene con una sola esperanza!...

—Sois desgraciado... vos tambien? preguntó Santa.

—Oh! no, respondió Romeo; todos los dias os veo sonreir...

Interrumpióse de repente, como si hubiera temido abusar de la feliz casualidad que arrojaba á la hermosa niña entre sus brazos, si asi pudiese decirse. Pero Santa no

se manifestaba ofendida. En su encantadora frente aparecía como siempre la calma tranquila de su candor angelical...

—Y hasta cuando vos no estais allí, continuó Romeo, os veo tambien, os veo todavía...

Tomóla de la mano segunda vez, y la condujo al gabinete que le servía de taller particular. Los dos se pararon delante de la cortina, que Romeo arrancó bruscamente de su lugar.

Fijó Santa sus ojos en el busto, y chocó sus manos una con otra, siguiendo un movimiento de ingénuo y cándida alegría.

—Oh! que bella soy!... exclamó ella sin poderse contener.

Después, una idea triste debió pasar por su pensamiento, turbando aquella alegría infantil. La muger despertaba... se revelaba en ella en aquel momento. Su frente se cubrió al fin de un vivo rubor y sus ojos se fijaron en el suelo.

Hubo un instante de silencio.

Santa estaba hermosa, tan hermosa como la imagen del pudor divino. Romeo la contemplaba con delicia.

Cuando ella levantó los ojos, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Mi hermano!... dijo ella juntando sus

manos: me habeis hecho olvidar un instante á mi hermano!...

Romeo despertó de su éxtasis.

—Venid, dijo él, arrojando su bata de cachemira, para vestirse un traje de calle; venid... voy á seguirle, y á velar por él como si fuese mi hijo!...

En la espresion y hasta en la actitud de Romeo habia un no sé qué de intrepidez y de vigor, que se comunicaba á todos cuantos le rodeaban, inspirándole esfuerzo y valentía. En tanto que Santa le iba siguiendo, parecia que la esperanza tornaba á fortalecer dulcemente su corazon; y, sin saber por qué, se repetia ella á sí misma:

—Dios mio!..... he hecho bien en venir!...



Nazario, llamado Dragon.

Al ruido de los pasos de Romeo, que bajaba la escalera, Capirote, que los conocia de cien leguas, se escondió rápidamente con Luisillo detrás de un Hércules de yeso, de cuya robusta y tremenda musculatura, se hubieran podido sacar dos docenas de personillas como las de los dos escondidos.

En el juego de bochas habia diez y siete sueldos. Aquella era sin duda una partida decisiva: la fortuna del uno y la ruina del otro.

Romeo y despues Santa pasaron sin apercibirse de nada. Santa se habia vuelto á colo-

car el velo sobre el rostro.

—No es mas que esta griseta endemoniada! dijo el jóven Jalambot, que con la leche de Rojelana, su madre, habia mamado tambien la costumbre de denigrar á todo el mundo á diestro y á siniestro.

Indignado Capirote del poco respeto con que se trataba á la compañera de su maestro, propuso in continenti un combate singular á Luisillo. Ambos se pusieron en guardia. La batalla fué terrible.

Resultó de ella muerto un Gladiador, y heridos un Fauno y un Sátiro, de los cuales el uno perdió sus cuernos y el otro su cola.

Despues de dejar bien puesto su honor, con tan cumplida satisfaccion, Capirote y el jóven Jalambot, hijo, volvieron á continuar su partida.

Éran las ocho de la mañana, poco mas ó menos. Jalambot, padre, estaba ocupado en preparar el café con leche para su cara mitad, que, como soberana, dormitaba todavia sobre los altos gergones del lecho conyugal. A su lado, y en el espacio que habia dejado vacío el buen Jalambot, estaba un enorme gato, dueño de toda su integridad que dormia con la mayor insolencia y descaro, entan sagrado lugar.

Jalambot aborrecia cordialmente á aquel

maldito gato, que era su rival. Pero se veía obligado á respetarle, por consideraciones á la escoba de Rojelana.

Romeo mandó que tirasen del cordón.

El conserje, ocupado en retirar la leche, que crecía y amenazaba rebosar por fuera del puchero, no pudo obedecer inmediatamente.

—Vamos, Jalambot!... no servís para nada!... Desventurado!... gritó ágríamente la reina de la portería, que gastaba siempre un humor malísimo á la hora de despertar.

—Voy al instante, hermosa mia, voy al instante!... contestó humildemente el portero.

La puerta se abrió. Romeo y Santa salieron al punto.

Sin embargo Rojelana había tenido tiempo suficiente para ver que Romeo no salía solo.

—Quién es esa, quién es esa? preguntó ella á Jalambot.

—De quién hablas, hermosa mia? replicó el portero.

—Quién ha salido con M. Romeo?

—No sé, hermosa mia... murmuró Jalambot con un tono, en que se traslucía el miedo á cien leguas.

—Tú nunca sabes nada! gritó Rojelana, incorporándose sobre la almohada, radiante

de desaliño, de fealdad y de cólera; tú nunca sabes nada, pavazo!... tú nunca sabes nada, bobalicon!... Para qué sirves?

—Pero, hermosa mia...

—Silencio!... Se mira bien, emplasto!... Tú nunca sabes nada, perezosote!... Tú nunca sabes nada!... Pues tú estás ahí para saberlo todo!...

Rojelana se echó de nuevo sobre la almohada, y el enorme gato se acercó á frotar sus barbas rojas con las mejillas de la portera.

Jalambot, con la cabeza baja, derramó el café en un tazon, en cuyo fondo habia un par de cucharadas de azúcar morena. El portero lo revolvió todo para desleir el azúcar, y añadió las tres cuartas partes del puchero de la leche.

—Toma, toma, hermosa mia; dijo él despues, adelantándose con dulzura y despacito hácia la cama.

Rojelana recibió su desayuno con aire arrogante y soberano.

El gato mayó.

—Y mi gordito!... dijo ella.

Su gordito era el gato.

Fué necesario que el pobre Jalambot aderezase tambien el desayuno de su rival.

Añádase á esto, que aquel portero desventurado, solo tenia el derecho de comer de las

sobras, despues de haber apartado la racion de Luisillo...

Romeo, seguido de Santa, se dirijia á toda prisa hácia el palacio de Maillepré.

En muy poco tiempo hicieron su jornada. En el momento en que Romeo iba á levantar el aldabon de la puerta, Santa, que iba detrás, se lanzó á él, y detuvo su brazo.

—Qué vais á decir?... preguntóle ella; Gaston no os conoce... Juan Maria no os va á dejar entrar.

Romeo volvióse hácia ella sonriendo.

—Ya sé lo que tengo que decir á vuestro hermano, replicó él; en cuanto á mi amigo Biot... porque Biot y yo somos amigos, señorita, no os inquietéis... me recibirá bien.

Llamó Romeo, y la puerta se abrió al punto. Pero el escelente Juan Maria Biot no estaba entonces en la porteria.

—Dónde está Biot? preguntó Santa al Auvernés, que le reemplazaba.

—En el piso principal, con el viejo que está haciendo sus locuras, respondió el comisionado.

En efecto se oyeron furiosos gritos en el lado del cuerpo principal del edificio, cuyas ventanas permanecian herméticamente cerradas. Habia ciertamente algo de lúgubre en aquellos estrepitosos ahullidos, que contras-

taban de un modo extraño con la muerta inmovilidad de los sombríos paredones del palacio.

Pero Santa y Romeo tenían el pensamiento en otra parte.

—Y mi hermano? preguntó la hermosa niña.

—Vuestro hermano? repitió el Auvernés.

—Dónde está?

—El jovencito de la blusa?

—Le habeis visto salir?

El auvernés se rascó la oreja.

—Tal vez... Puede ser... respondió el Auvernés; sí... Oh! mas no!... no, chtrrrrrra!... no sé.

Santa y Romeo se miraron.

En el hermoso semblante de la niña estaba pintado el terror; y la sonrisa forzada de Romeo no era bastante á disimular su inquietud.

Santa se lanzó corriendo en direccion a ala derecha.

—Esperadme!... murmuró al partir; voy á saber...

Y desapareció por la escalera.

Romeo la vió un momento despues bajar de nuevo. Pero la pobre niña no pudo llegar hasta el patio. Las fuerzas la abandonaron y cayó desplomada sobre el último escalon.

—Ha partido ya!... dijo Romeo.

Santa hizo un signo de afirmacion.

—Y vos no sabeis?...

—Santa movió la cabeza. Sus ojos estaban clavados en un mismo punto: no lloraba ya.

—Cuál es el nombre de su adversario?.... volvió á preguntar Romeo.

—Yo no sé nada... Dios mio! murmuró Santa: nada!... nada!...

—Pero él no ha dejado nada escrito... ni una palabra?...

—Sí... Oh! sí... una palabra! dijo Santa entre ahogados sollozos; una palabra!... Tened!

Su mano, convulsivamente cerrada, se extendió hácia Romeo, mostrando un cuadrado de papel en que solo habia escrito: Adios!

En el sexto piso de una de esas casas modernas, construidas hace unos quince años en el boulevard Beaumarchais, habia una puerta blanca, en la que estaba escrito con letras negras el nombre de NAZARIO, llamado DRAGON.

Aquella puerta daba á un corredor oscuro y frio, que se resentia bastante de la humedad de que estaban cubiertos los tejados de la casa.

Como á las ocho de la mañana, un jóven subió con mucho trabajos estrechos y pendientes tramos que forman la escalera del último piso, en las casas de construcción moderna. Paróse delante de la puerta de Nazario, poniendo las dos manos sobre su pecho agitado y oprimido.

Este jóven, era Gaston de Maillepré, Gaston el artesano.

No tuvo necesidad de llamar. Un oído alerta estaba sin duda de acecho al otro lado de la puerta, porque á la llegada del jóven, esta se abrió inmediatamente.

—Buenos días, Descolorido, buenos días!... dijo *Dragon*, con su voz afectuosa y franca; puntual á la cita!... exactitud militar, vive Dios!... Bien, está muy bien, hijo mio!... Tú hubieras hecho un excelente soldado de caballería allá abajo... Es igual, y nada importa esto!... Yo no he cerrado los ojos en toda la noche, voto á...! Siempre tenía delante de la vista dos flóretes cruzados, y dos pistolas, y el estremecimiento... Vive Dios del cielo!... si fuera yo el que tuviese que colocarse en línea!... Pero estoy hablando como una cotorra, y esto no hace al caso!... Ea! toma aliento, descansa un instante, y despues, en guardia!

No era ordinariamente tan hablador el buen

Nazario; pero aquella mañana estaba visiblemente conmovido, y en ciertas organizaciones la emoción es como la embriaguez: hace charlar.

Nazario había tomado de la mano á Gaston y habíale conducido hasta un arca en la que el joven se sentó, dejándose caer desalentado.

Apesar de la familiaridad de sus palabras, Dragon, al dirigirse al joven, daba á sus maneras cierto aire, en que resaltaba no solamente un afecto cordial y franco, sino hasta una especie de deferencia.

Un tercero, que hubiese entrado de improviso, no habría podido tomar seguramente á aquel joven vestido con sencillez, pero elegante y delicado, en cuya frente se columbraba desde luego un sello de distincion y de nobleza, no hubiera podido tomarle por camarada del bravo y gallardo Dragon, mozo guapo y fornido, inteligente y resuelto á su manera, alegre, franco, hombre sano, como suele decirse, de esos que llevan el corazón en la mano; pero un artesano, simplemente un artesano, desde los pies á la cabeza, y con un si es no es de soldadesco por añadidura.

Y á la verdad que es una figura atractiva y agradable la del artesano, tal como éles

en sí, juicioso, vividor y valiente, de buen brazo y de buena conciencia. Y no tiene, por Dios, mucho que agradecer á esos amigos de mala ralea que ocultan esta belleza varonil y noble que le adorna naturalmente, bajo una máscara simple de delirante ó de poeta...

Hé aquí lo que producía la emoción de Nazario, lo que añadia esa especie de deferencia, á la sana cordialidad que le era habitual.

Al ver entrar el día antes á Gaston en el taller, con aquel tansoso vestido negro, origen de tantas apuestas, aventuradas por el arriesgado Poiret, Nazario se había quedado como herido de un rayo. Amaba á Gaston con toda su alma. Le profesaba una amistad casi paternal, inspirada por el móvil mas generoso que existe acaso en el fondo del corazón humano: era el cariño del fuerte para con el débil.

Se acababa de descubrir un robo en el taller. Se acusaba á Gaston de aquel crimen. Mil circunstancias coincidían desgraciadamente en apoyo de aquella acusacion. La mas grave de estas circunstancias, era sin duda alguna la escursión hecha por un pobre obrero en medio de la vida fastinable; su presencia en la Opera, en compañía de una muger

elegante.

Todos los esfuerzos de Nazario para responder á esta circunstancia, se habian reducido á decir: *no!*... pero lo habia dicho tan alto y en un tono tal, que nadie habia osado contradecirle. Pero hé aquí que el mismo Gaston presentóse de repente á arrojarle un mentis....

Al salir del taller con Gaston, Nazario no sabia ya lo que pensar.

Habia querido interrogarle, pero él, juez y todo, se habia sentido de golpe aun mas desconcertado y confuso que el acusado mismo.

Habia fijado sus ojos en el noble semblante del jóven, en donde se leia una espresion visible de arrogante lealtad. Por la primera vez de su vida quizás, Nazario se habia dado cuenta vagamente de una diferencia notable que distinguia á Gaston de todos los demas compañeros suyos.

Gaston, por otra parte, con su nuevo vestido, tenia un aire tan propio, tan adecuado á su papel!... se manejaba con tanta desenvoltura en aquel traje!...

Al mismo tiempo Nazario habia notado sobre la frente del jóven, que queriendo dominar su turbacion se enderezaba y aparecia mas digno y noble, habia notado una espres-

sion de tristeza, una tristeza que no era su tristeza ordinaria.

En su rostro habia algo de grave, y acaso de solemne.

Nazario perdió hasta la idea del robo. Entre esta idea y Gaston, el instinto claro y recto de su naturaleza apercibió un abismo inmenso.

Y se sonrojó solo á la idea de haber sospechado un momento....

—Dragon, le dijo Gaston apretándole una mano entre las suyas; tú has sido siempre para mí un buen amigo....

—Los amigos son los amigos!... interrumpió Nazario.

—Déjame hablar... Yo nunca te he dicho nada de un secreto.... porque este secreto no me pertenece, y porque nada te importaria el conocerle....

—Un secreto! murmuró Nazario, en quien esta palabra volvió á escitar vagamente unas sospechas, ya disipadas del todo.

—Hoy, continuó Gaston, necesito de tu ayuda. Me la prometes?

—Dos veces... cien, Descolorido... Perote advierto que me estás dando miedo...

—Tengo una hermana, repuso Gaston, bajando su voz temblorosa; una pobre niña, de quien yo soy el único apoyo, el único consue-

lo... Cuando yo deje de existir, Dragon, será ella muy desgraciada!

—De aquí á entonces... larga va la fecha, hijo mio! dijo Nazario esforzándose á sonreír.

Gaston movió la cabeza y apretóle fuertemente la mano que aun conservaba entre las suyas.

—Prométeme que la protegerás!... Me lo prometes?... dijo Gaston.

—Eso no se pregunta, amigo mio!... Pero te digo que me das miedo!... Qué te sucede?....

Interrumpióse al llegar aquí, y atrayendo á Gaston hasta unirle con su pecho.

—Será que te quieres matar?... le preguntó en voz baja.

Gaston se sonrió melancólicamente.

—Matarme!... repuso este; necesario sería para hacerlo que yo fuese muy impaciente, mi buen Dragon. Mirame bien... y dime si tendré que esperar mucho tiempo á la muerte.

—Eso es otra cosa! replicó Nazario; es decir... repuso despues, tú no tienes sentido comun..... A cuántos descoloridos como tú he visto yo vivir hasta cien años!... Pero veamos!... Acaba tu relacion.

—Tengo un desafio: debo batirme mañana á las diez, dijo Gaston.

Nazario infló los carrillos.

—No es mas que eso! exclamó él alegremente; ah! tienes un desafío!... eso es bueno! Yo, yo arreglaré este negocio.

—No lo intentes siquiera! repuso Gaston; este es el servicio que yo queria exigir de tí.

Nazario retrocedió un paso y se puso á contemplar á su camarada con un asombro mezclado de curiosidad. Se hallaban entonces en las desiertas galerías de la plaza Real. El reflejo de un reverbero cercano iluminaba vivamente la frente triste y arrogante de Gaston, dejando ver entre una claridad confusa la apostura gentil y caballeresca de su talle.

Tambien Nazario movió á su turno la cabeza.

—Tú no tienes pensamientos de artesano, dijo; y verdaderamente, Descolorido, que hubieras estado mejor de oficial que de soldado en la milicia.... Pero estas son hipótesis, como dicen los hombres de talento... Tú quieres batirte: esto es licito; á qué te bates, pues?

—Yo no sé....

—A compás?... á cuchillo?... á garrote?.....

—No, murmuró Gaston.

—No?... Ah! ah!... es verdad que el sable es mas interesante... El garrote, el compás y cuchillo... conoces tú otras armas?... Bien que yo, asi como te estoy hablando, me he visto precisado á trabajar segun las circunstancias, me he ejercitado en el uso de varios instrumentos..... á mas de que he servido con honor en el ejército, donde he recibido testimonios bien lisonjeros de aprobacion, por parte de mis gefes.

—No es con ningun compañero con quien debo batirme, dijo Gaston.

—Ah! ya... tú envistes con la gente de?... eso es diverso... Entonces adelante con los faroles!... ¿Cómo se llama el quidan con quien debes batirte?... Tal vez le conozca yo.....

—Se llama... balbuceó Gaston.

—Eso principiá bien!..... pero y qué mas?...

Gaston vaciló un momento.

—Se llama, repuso al fin resueltamente, se llama el Marqués de Maillepré.

—Pues ay que es nada! exclamó Dragon estupefacto; el Marqués Salvage!... el Marqués de los Marqueses!... Un noble de los de primera tijera!... Y crees tú que querrá batirse contigo?...

—Estoy seguro de ello, dijo Gaston; yo le

he insultado.

—Entonces... en todo caso, á él le corresponde la elección de armas... esto siempre es una ventaja... Pero no basta insultar, hijo mío y... me comprendes bien?... Si el Solapado, por ejemplo, insultase al hijo del rey... y cuidado que sería capaz de hacerlo!... el hijo del rey no se batiría con él... Esto es bestial sin duda, á lo menos á mí me lo parece, porque... ya vez... todos los hombres son iguales, á no ser en asuntos del servicio militar... pero en fin, así van las cosas.

Gaston pudo apenas reprimir un movimiento de impaciencia.

—Te digo que estoy seguro, repitió.

—Basta; basta! Pero entonces no me lo has dicho todo... Debe haber alguna otra cosa...

Gaston se acercó á él.

—Escucha, murmuró; no puedo decirte por qué he insultado á ese hombre... este es el secreto de mi padre, que ya no existe... Pero á tí, que me has tratado siempre como un amigo, puedo confiarte la parte del misterio que me pertenece... Yo soy hijo de una familia, no solamente noble sino ilustre. Mi abuelo era Duque y par de Francia... No me preguntes ni una palabra mas... Mi padre se ha llevado á la tumba nuestro nombre.

Nazario guardó un momento de silencio.

—Ah! tú eres noble, tú... Descolorido? dijo al fin con un acento involuntario de desconfianza.

Después repuso, como hablando consigo mismo:

—Pero lo cierto es que!... sí lo recuerdo perfectamente!... Nada de altivez con los camaradas!... El ni hablador, ni mugeriego, ni bufon, ni... ni nada!... Y sin quejarse jamás el pobre niño!... Siempre trabajando de buena gana... sin gestos... sin manifestar el menor disgusto!... En nada se parece á esos señores que se han visto en la desgracia y arrastran sus botas raídas por los talleres... Ah! Pero!... Gracias, Descolorido... añadió en voz mas alta; te doy las gracias por haberme dicho todo eso.

—Tú me has obligado... comenzó á responder Gaston.

—Ya te he dicho que gracias: esto basta... Y miratú, estoy seguro de que jamás te has jactado...

—Jamás.

—Tu eres un guapo muchacho, de todos modos, Descolorido (repuso Nazario en cuya voz se manifestaba su emoción;) pero... ahora, tal vez os enojará... os enojará que yo te llame Descolorido?...

Gaston le alargó la mano sonriendo; Nazario la estrechó fuertemente entre las suyas.

—Ah! diantre!... continuó este; yo no he visto á los nobles mas que en las Follas ó el Ambigú, en donde siempre son ignorantes, embusteros y traidores... Los he mirado siempre con recelo, con prevencion... y a ves; porque yo asisto á los espectáculos todos los domingos, y siempre hay un Conde ó un Baron que finje, disimula como un diablo, para hacer victimas á los galanes jóvenes, para sepultar en una mazmorra, como dicen ellos, á M. Albert, ó á M. Delaistre, para inmolar á M. Saint-Ernest... lo cual hace llorar á Linda, la querida de mis estrañas, toda el agua que hay en sus ojos!... Pero tú, *Descolorido* eres otra cosa!... tú eres bueno. Tú no tienes la culpa de haber nacido noble, y yo te quiero ahora tres veces mas!... Veamos! yo seré tu testigo, sin saber la razon porque te bates... Esto es algo duro, pero tanto se me dá... En cuanto á tu hermana...

—Pobre hermana mia!... murmuró Gaston inclinando la cabeza.

—Hé aquí el punto! exclamó Nazario queriendo disimular su emocion con un grito estrepitoso de alegría; ella no sabrá tus calaveradas, hijo mio!...

—Pero... dijo Gaston, si muero...

—Calla, Descolorido... calla!.....

—Creo que moriré, volvió á decir Gaston, con una firmeza mezclada de frialdad...

—Calla, calla! repitió Nazario; me entristece el oírte... Tú, mi pobre Descolorido!... Morir!...

Y al decir esto temblaba la voz de Nazario, que estrechando á Gaston, entre los brazos, le apretó fuertemente contra su pecho.

Echóse despues atrás, y dió una patada en el suelo, con todas las muestras de un verdadero furor.

—Por vida de!... dijo al fin pasando el revés de la mano por sus ojos humedecidos; tú me haces cometer sandeces... Tu hermana... yo no la conozco... yo no conozco á tu hermana!... pero la amo ya!... Si la suerte hiciese que tú... Tu hermana tendrá un padre, Descolorido... sí, tendrá un padre, pobre niño de mi alma!...

Esta vez Gaston fue quien rodeó con sus brazos los robustos hombros de Dragon. Los dos permanecieron largo tiempo abrazados.....

—Gracias!.... gracias!.... murmuraba Gaston.

Hacia Nazario los mayores esfuerzos por no

llorar... pero era inútil; las lágrimas arrasaban sus ojos.

Al cabo de algunos segundos, desprendióse de entre los brazos de Gaston, diciendo:

—Está dicho! No hablemos mas de esto, porque me enfada... Un militar llorando... ya ves tú que esto no está conforme á ordenanza... Pensemos en mañana... Sabes tú tirar la pistola?

—No, respondió Gaston.

—Sabes tirar la espada?

—Dios mio!... no.

Nazario hizo un prolongado gesto de disgusto.

—Es lo mismo, dijo en seguida; nada importa eso... cuántos novicios se han visto que... yo lo creo!... pero yo soy veterano, por vida del demonio! y tendré bastante tiempo para enseñarte un buen golpe... Ven!

Quiso arrastrar consigo á Gaston que se resistió á seguirle.

—Ven, pues! repitió Nazario.

—Es imposible ahora, dijo Gaston; esta es mi última noche... será para mi hermana...

—Es muy justo, replicó Nazario, aunque yo estoy seguro de que nosotros volveremos mañana, á desayunarnos en el Capuchino... Yo te convidó desde ahora. Pero, en fin, es

justo, muy justo: la niña antes que todo!... Con que hasta mañana!... Mañana á las ocho lo mas tarde, yo te daré una soberbia leccion!... Y apurpósito, sabes tú las señas de mi casa?

Es muy frecuente que dos amigos de taller, si al mismo tiempo no son compañeros de diversiones, ignoren mútuamente sus casas respectivas. El taller es un sitio donde han de verse necesariamente todos los dias, y que hace inútiles por lo tanto las visitas. Gaston no sabia donde habitaba Nazario.

Ambos entraron en un despacho de vinos, donde Dragon escribió en un pedazo de papel estas complicadísimas señas:

«Nazario, por otro nombre Dragon, *boulevard Beaumarchais*, casa nueva, sin número, la cuarta despues del café, escalera de en medio, arriba arriba, la tercera puerta del corredor. En ella está escrito su nombre.»

Leccion de esgrima.

Habitaba Nazario, dicho Dragon, un cuarto grande y bajo de techo, con dos ventanas abiertas á guisa de troneras, en el profundo *alfeizar* de las paredes. A través de las vidrieras de estas dos ventanas se veian algunas flores de otoño, cuyos tallos comenzaban á inclinarse bajo el rigor de las primeras heladas...

La cama de cordeles en que dormia Dragon, estaba rodeada de cortinas azules, sujetas al suelo por un anillo de cobre, y cuyos pliegues aparecian dispuestos con cierta especie de coquetería.

Sobre la chimenea y colocados en altos vasos de Straburgo habia algunos ramilletes de margaritas-reales.

La cómoda de nogal, el armario de encina barnizado, las sillas de paja, el sillón relleno de estopas y cubierto y guarnecido de cotonada gris; todos estos muebles, cada uno en su correspondiente lugar, estaban dispuestos y distribuidos con cierto orden y oportunidad, que no era por cierto de esperar en la pobre morada del artesano.

Ademas, aquellas flores de la ventana y de la chimenea, la limpieza de las relucientes cerraduras, los minuciosos pliegues de las cortinas, y en una palabra, el orden simétrico y agradable con que aparecian colocados aquellos pobres muebles, todo hubiese anunciado á los ojos de un hombre observador la presencia de una muger en aquella morada.

Por donde quiera que pasa esta hada benéfica, deja siempre detrás de sí una mágia indefinible, un rastro agradable, un rayo, un reflejo un *no sé qué* que adorna y hermosea, que se percibe, que se palpa, pero que no puede, sin embargo, describirse.

Linda era la hada de aquellos lugares: Linda, la encantadora prometida de Nazario. Era una hermosa muchacha, tan buena como hermosa, que amaba como una loquilla á su

Dragon, por mas que le hiciera rabiarse algunas veces. Bebella, la querida de Poiret, habia ido una mañana, despues de salir Dragon para el taller, y encojiéndose de hombros, habia dicho á Linda:

—Vaya, hija mia, que es bien triste pasar en blanco todo el dia de Dios, aguardando á un hombre... atendida á un hombre que no pasa de ser un simple grabador!... Yo por mi parte, tengo á Poiret: él me quiere y... pero con todo y eso... los dias son tan largos!... una relacion honrada siempre viene bien... asi se pasa el tiempo mas dulcemente... y luego, los estudiantes son tan buenos muchachos! no parece sino que se están viendo los que pinta en sus novelas Paul de Kock!...

Bebella habia dicho todo esto, y muchas cosas mas; porque Bebella hablaba como un libro... como un libro entero de novelas de costumbres.

Pero Linda se hizo la sorda á todas aquellas reflexiones, y Bebella tuvo que tomar el portante, cantando con despecho, al bajar los seis pisos de la boardila:

Los señores estudiantes
se van á los barrios bajos,
solo á bailar el *cancan*,
tras el *Roberto-Macario &c.*, &c.

Cancion que es indudablemente un tipo de oda debido á la colaboracion de un gran número de jóvenes amables que la hicieron jugando á la baraja.

Y Linda se habia quedado en blanco como estaba antes.

La habitacion de Nazarió estaba ademas provista de otros adornos en los que Linda no tenia la menor parte.

Desde luego habia en ella un gran sable derecho, un sable de dragon; un albornoz blanco, dos pipas árabes colocadas en cruz, y uno de esos interminables cinturones moriscos, cuyo tisú afrenta por cierto los progresos de nuestras fábricas.

De todo esto se infiere lógicamente, que no son en vano nuestras escursiones á Argel y que, como dice en estilo bolatinesco la medalla consagrada últimamente á nuestras semi-conquistas marroquíes, la Francia ha sabido triunfar en otro tiempo; sabe triunfar todavía hoy; sabrá triunfar siempre!

Inscripcion sublime á todas luces, y que no deja de traer á la memoria las bellisimas estrofas de aquel canto militar, tan sabido de todos:

Un soldado granadero
es una brillante flor;

en el combate el primero,
 todo lo vence guerrero
 su incontrastable valor!...

En fin, hasta Nazario mismo habia traído de allende sus trofeos conquistados, trofeos ciertamente mas modestos que el quitasol de Isly, pero no tan remendados á lo menos.

Nazario recibió á Gaston, como hemos visto, con una cordialidad tosca, mezclada de un si es no es de deferencia.

Nazario no podia ya manejarse con el desembarazo y libertad de antes al lado de el *Descolorido*, desde que este se habia convertido para él nada menos que en el nieto de un Par de Francia.

Ademas, Nazario sentia alguna cosa en su corazon; alguna cosa de que él mismo no acercaba á darse euenta.

—No he pegado los ojos en toda la noche, repitió él, manteniéndose en pié delante de Gaston, que tomaba aliento, respirando con harta dificultad; no he dormido nada... porque me he estado acordando de vos... de ti, *Descolorido*... pensando algo en el asunto del desafio, y mucho en lo tocante á los dos billetes de banco...

Gaston no respondió palabra: solo le dirigió una mirada como interrogándole.

—Tú no sabes nada de esto, repuso Nazario; tú además no podrias creer nunca que te se acusase!... Habian sido robados dos billetes de banco al maestro Potel...

—Y se me acusaba á mi!... dijo Gaston.

—Friolera!... Te acusaban... menos yo!... Porque ciertamente, *Descolorido*... era preciso ser un pícaro para pensar semejante cosa de tí!... Cuando te ví entrar con tu vestido negro... Ah!... diantre, esto duró poco tiempo... pero sentí como un peso...

Interrumpióse al llegar aquí, y tomando una mano de Gaston, la apretó fuertemente contra su pecho.

—Mira, hijo mio!... escucha!... añadió vivamente; no sientes como me tiembla el corazón todavía, solo al pensar!... Ah! Pero!... Preciso es confesar que hice mal, muy mal!... Confieso mi pecado!... Yo debí lanzarme inmediatamente contra los que se atrevian á acusarte, y raparles, á contrapelo, como decia el ayudante mayor de mi regimiento, que habia estudiado para peluquero... Esto es indudable... Has tomado aliento ya?... Pues ea!... quédate en mangas de camisa, y al avio!... Te contaré todo lo que pasó en el taller al mismo tiempo que te enseñó á defenderte.

Gaston se levantó, y se quitó el frac.

Nazario continuó:

—Despues de haberte dejado bajo los arcos de allá abajo, en los cuales solo falta gente que pasee y quinqués que alumbren, para parecerse á todo lo mas hermoso que hay, me volví al taller. Y hete que Poiret me dice: una apuesta! Ya sabes que Poiret siempre está diciendo esto mismo...

Dragon se interrumpió de nuevo y dijo:

—Regázate un poco las mangas, y átate el corbatin alrededor de los riñones... Lo digo para que estés mas á tu gusto...

Gaston obedeció.

Nazario fué á tomar dos floretes que habia escondidos debajo de una mesa.

—He ocultado estos utensilios, continuó despues; por consideracion á Linda... Las mugeres... oh! en tratándose de estas cosas comienzan á hacer alharacas...!Pues como iba diciendo, Poiret se acercó á mí, y me dijo: una apuesta! Déjame de apuestas! le respondí: yo vengo aqui, y entendedlo bien, á hablar en razon, y á advertiros que si alguno de vosotros tiene la desfachatez de decir esto ó lo otro acerca del Descolorido, que es el mejor de todos los que hay en el taller, le rompo las costillas, como tres y dos son cinco...

«Ponte bien, Descolorido... ponte bien hi-

jo mio; la pierna derecha y libre... el cuerpo descansando sobre la pierna izquierda; el brazo izquierdo cubierto, lo mismo que el pecho... la mano derecha á la altura del ojo... Un poco de juego... mas soltura, mas soltura!... Uno, dos! bien... bien... Esto va marchando.

«Está entendido!... Yo les dije: conque ya lo sabeis... si chistais una palabra, os derrengo!... Yo les hice esta amenaza mas veces de las que me puedo acordar..... y eso que la mayor parte de ellos son hombres de corazón... hasta los alsacianos mismos... cuenta con ellos... Sin embargo, yo no acostumbro á reirme en las barbas de nadie como ellos han hecho ayer... Esto me ha llenado de asombro...»

«Los ojos fijos en mis ojos... siempre fijos!... Nada de tonterias!... La espada firme... atencion... parada, tercio y en guardia!...

Pero Gaston no sabia nada de paradas ni de tercios.

Dragon se interrumpió para esplicarle las posiciones elementales y los rudimentos de las paradas, todo lo cual hacia él con el aplomo y la lijereza de un maestro de esgrima.

Gaston era hábil, pero su falta de ejercicio y de costumbre, hacia casi nulos los resulta-

dos de aquella leccion tardía.

—Esto va marchando, hijo mio, decia Dragon; esto va marchando... Colócate bien!... El diablo es que..... que yo no puedo hablarte en términos técnicos, porque no los entiendes.... Nada importa eso!... Esto va adelante.... En guardia!... Aqui estamos!... Vas á parar un tercio, hijo mio, cubriéndote bien... Uno, dos! Adelante!... No... no... no es eso!

Sin embargo, Gaston hacia cuanto podia. Su frente pálida estaba inundada de sudor, y respiraba con mucha dificultad.

—Descansemos un momento, repuso Dragon; esto marchará...

Sentóse Gaston, y enjugóse las sienes con su pañuelo.

—Luego, continuó Nazario, cuyo corazon se aflijia mucho al ver aquella fatiga repentina, que le llenaba de inquietud, luego, cuando los otros se echaron á reir en mis barbas... Me enfadé como era justo, poniéndome colorado, porque se trataba de tí... Agarré á dos por el pescuezo, y ya les iba á apretar el gañote, cuando Poiret me dijo: No se acusa ya al Descolorido, Dragon... Y el Solapado añadió: El Descolorido es un buen muchacho... estamos convencidos... no haya camorra por eso!...

Gaston, con los ojos enternecidos, permanecía inmóvil como una estatua. Bajo la tela de la camisa se advertía á cada respiracion levantarse y bajarse con estremecimiento la tabla de su pecho agitado.

Dragon hizo una pausa y le miró de soslayo.

—Este no ha visto jamás el fuego!... pensó maquinalmente; es un niño... y puede ser muy bien...

Dragon se sonrojó y en su móvil fisonomia se pintó de repente una espresion de furor.

—Vamos! se dijo á sí mismo; ayer le creí un ladron; hoy le tomo por un cobarde..... Menos malo es esto... Vé aqui como trata uno á sus amigos, cuando es un belitre... Ah! sí!... pero yo no he robado nunca!

—Cuando ellos me dijeron, continuó Dragon, con un suspiro de verdadera contricion, cuando me dijeron que tú, Descolorido, eras un buen muchacho, bien conoces que ya no me quedaba nada que hacer... Dejé á Nicolás, dejé á Juan... ó á Fritz, porque no sé á punto fijo quienes eran los que tenia agarrados, y dije: esto me hace creer que se ha encontrado el dinero del maestro Potel. Justamente! me respondió Poiret. El Solapado quiso referir el cómo y cuándo de aquel negocio;

pero si Póiret tiene algo útil en toda su cabeza, es la lengua. Dragon, volvió á decirme, sin dejar meter baza á nadie: Una apuesta!... A que no adivinas quién es el que habia dado el golpe?

Entonces todos gritaron á la vez que el Rorro habia sido el ladron.

«El Rorro con su cara de imbécil!... Lo hubieras tú creído en él, Descolorido?

Gaston dirigió hácia Nazario sus grandes ojos, en los que estaba pintada una espresion de desvario, y respondió *no* maquinalmente. Despues volvió á caer en su taciturna inmovilidad.

El pobre Nazario iba conociendo ya que todos sus esfuerzos por distraerle eran inútiles.

—Vamos, vamos, hijo mio!... continuó el buen Dragon con una especie de desaliento; ya debes haber descansado...

Gaston se levantó lentamente. Tomó su florete y se puso en guardia.

Tiró algunos golpes, siguiendo la instruccion de Nazario con una docilidad casi maquinal. Despues se le escapó el florete de la mano.

Gaston cruzó sus brazos sobre el pecho.

Sus pestañas se estremecieron. Una lágrima rodó por sus pálidas mejillas.

Nazario frunció las cejas y tiró su florete con señales evidentes de cólera.

—No hay mas que decir, niño, pronunció en voz baja, yo creo que tienes miedo!

Gaston se sonrió dolorosamente.

—Gracias, replicó este sin amargura, sin acritud; te doy gracias por tu leccion: amigo mio... Ya sé lo que es necesario para presentarme en el sito del combate, sin causar lástima á mi adversario... Esto basta... En cuanto á la injuria que me has hecho... no tengo tiempo para sentir rencores... Yo te perdono...

—Es el caso, balbuceó Nazario, que no sabia bien si debia enfadarse contra Gaston ó contra sí mismo; que cuando se llega á decir: Yo sé lo que me toca hacer .. y despues se pierde la serenidad... y se llora...

Gaston dirijió hácia él sus grandes ojos, cuyas pestañas estaban aun humedecidas por el llanto. Nazario se interrumpió, sonrójose de nuevo y volvió la cabeza hácia otro lado. Gaston le tomó de la mano.

—Yo te perdono, repitió este; tú no la conoces... Tú no puedes comprender la felicidad que gozábamos al hallarnos juntos, aun en medio de nuestra miseria... Tú no sabes con que horrible desesperacion me va á llamar ella para que torne á su lado... Yo no

responderé a su voz... mi mano no podrá ya enjugar sus lágrimas... Oh! oh! Dios mio! añadió con un sollozo desgarrador; hermana mia!... hermana mia!...

Y se cubrió el rostro con las manos.

Nazario se dió un puñetazo en la frente, y tirándose de los cabellos,

—Soy un avestruz!... murmuró, me habia olvidado de la pobre niña!...

Aproximóse de nuevo á Gaston, con aire sumiso, con la cabeza baja, queriendo tomar una espresion cariñosa.

—Vamos!... voto al diablo!... añadió inmediatamente; no hay que pensar en eso... Un rasguño mas ó menos no es cosa que merezca la pena de... Vaya! Si todos los que van á un lance como este se quedasen allá!...

—Cuántas veces, interrumpió Gaston, en mis noches de dolor augustoso, en mis noches de agonía, la he encontrado á la cabecera de mi cama, como un ángel de consuelo!... Yo la veia... escuchaba su dulce voz... Y dejaba de sufrir!... Y ahora es ella la que va á sufrir horriblemente... sola, enteramente sola... Dios mio!... Ella irá... Oh! esto desgarrará el corazon!... ella irá á buscarme... á buscarme cuando yo haya dejado de existir... Y encontrará mi lecho vacío... mis vestidos de

trabajo... Escucha, Dragon!... Solo tengo una hora para pensar en ella... Déjame llorar... Déjame derramar estas lágrimas... estas lágrimas que derramo por ella... solo por ella... Hermana mia! hermana mia!..

Nazario le sostenia vacilante entre sus brazos, sin osar siquiera despegar sus labios.

Gaston alentaba con la mayor agitacion. Permaneció un instante silencioso, mudo... Despues se levantó lentamente.

—Dentro de una hora, dijo con voz solemne; me despediré para siempre de su recuerdo... Y tú verás si tengo miedo.

Se habia quedado inmóvil Romeo junto á Santa en el patio del palacio de Maillepré. Ningun consuelo era posible en aquel instante. En los casos mas desesperados, un hermano tiene modos de consolar á su hermana, un hijo á su madre, un amante á su amada, porque entre personas que se aman y se aman hace mucho tiempo, siempre quedá, aun despues de casi desvanecida la última esperanza, el bálsamo consolador de las palabras cariñosas, de las tiernas caricias... Pero Romeo, que amaba á Santa con todo su corazon, no la conocía. Nada habia de comun entre los dos. Aquel conocimiento que les acercaba

el uno hacía el otro, que les reunía, se había hecho, no por casualidad, pero sí por una de esas inspiraciones desesperadas que asaltan á veces á un corazón horriblemente lacerado, y que se salen de tal modo de las reglas de la vida comun, que se las destierra siempre al dominio imposible de la novela. Porque, aunque todos los días se verifiquen, á nuestros ojos, acontecimientos de esta especie, todos convienen en que no debe tomárseles en cuenta para nada.

Y por qué?... escuchad esto:

Un buen ciudadano de la clase media, amigo del orden público, negaba con la mayor buena fé del mundo la existencia de esos bandidos parisienses, á los que nuestros diarios judiciales, amantes furibundos del colorido, han dado el galante nombre de escarpas. Este buen ciudadano habita no sabemos en qué parte de los contornos solitarios del arrabal Pigale. Burlábase siempre con mucho gusto de los asesinatos cometidos en la noche anterior, diciendo con la mayor frescura: Simpleza!... cuentos de vieja!...

Nadie es capaz de formar idea del número inaudito de incrédulos que existen en el mundo, y que todo lo niegan solo con estas dos palabras!

Una noche, nuestro buen ciudadano, fue

estrangulado, pero estrangulado en toda la estension de la palabra. Pensais acaso que se convenció apesar de todo?

Nada menos que eso. Un momento antes de entregar su espíritu, dijo, *tambien con la mayor frescura* á los *escarpas* estupefactos: Vamos, dejadme... esas ya son fiestas pesadas... mirad que me haceis daño!..

Nuevo Tomás de nuestro siglo, veria, palparia, y negaria... Pero por mas que sean reales y verdaderos, estos arranques de la desesperacion ó del amor quedan siempre confundidos entre el número de las escepciones. Sus resultados son tan imprevistos como ellos mismos. Estos arranques, suelen á veces arribar á un fin, á que no podria llegarse ciertamente por medios ordinarios. Pero si estos arranques fallan, todo está dicho: el entusiasmo se desvanece del todo y le sucede un abatimiento mas cruel, mas triste y mas profundo.

Romeo no podia ejercer la menor influencia sobre Santa. Un solo vínculo les unia mutuamente: este vínculo eran aquellas palabras dichas por él con tanta fé, y escuchadas por ella con tanta gratitud: *Yo le salvaré!*...

Pero dónde estaba Gaston?... Acaso ya en el sitio del combate... Prometer salvarle ahora, hubiera sido mentir...

Romeo estaba inmóvil, allí junto á Santa que se moria de angustia y desesperacion. Y olvidaba en aquel momento que él mismo habia arrostrado mas de una vez los peligros de un duelo, y que nuestra civilizacion ha logrado colocar entre dos hombres que se batien, no una muralla seguramente, no un escudo impenetrable, pero sí un no sé qué que aminora el peligro, dejando solo aquella parte que es precisamente indispensable para dejar el honor bien puesto. Porque el honor en general pide siempre mucho y despues se contenta con muy poco.

Al contemplar Romeo el amargo dolor de aquella muger á quien amaba tanto, se sentia falto de valor y de resolucion, de esas dos cualidades que eran como inherentes á su natural emprendedor. Y su desaliento crecia cada vez mas...

Mas de una vez le habia ocurrido la idea de lanzarse á la calle y correr á la ventura en busca de Gaston. Pero Santa estaba sola allí, sola y aniquilada por su dolor... ahogada por sus sollozos... Esta idea le hacia permanecer inmóvil en aquel lugar...

La puerta de la calle y la del cuerpo principal del edificio se abrieron al mismo tiempo. Por la primera entró M. Willians; por la segunda salió Juan Maria Biot.

El Auvernés se asomó lentamente á la media puerta del cuartito del conserje, como quien se asoma á un balcon, y miró afuera, sin dejar de fumar su larga pipa.

A la primera ojeada vió Biot á su jóven señora... y bajando de dos brincos la escalera, fue á colocarse de rodillas junto á ella.

—Qué sucede, M. Romeo, qué sucede?.... preguntó con una espresion de sospechosa inquietud; ¿cómo es que estais vos aquí?

Santa, al escuchar esta voz, abrió sus párpados arrasados de lágrimas. Cuando ella vió á Biot, un rayo de esperanza iluminó sus hermosos ojos.

—Tú sabes donde está!... Tú lo sabes! murmuró la pobre niña.

—Quién?... preguntó Biot sin comprenderla y con el corazon oprimido de terror.

Santa hizo un esfuerzo para hablar; pero las palabras se quedaron como heladas en su garganta.

—Su hermano, dijo Romeo.

—Su hermano!... repitió Biot poniéndose pálido. El señor Marqués!... Pero hay motivos para temer?...

—Nada sabe tampoco!... murmuró Santa.

Aquella era su última esperanza. Cesaron sus sollozos... ahogóse su respiracion. Estaba desmayada.

Mr. Wilians que se habia parado en medio del patio, asestó su anteojo de oro de dos tubos hacia el grupo formado por Santa, Biot y Romeo. Biot en aquel momento desabrochaba el vestido de la hermosa niña, en tanto que Romeo la frotaba dulcemente las manos.

Mr. Wilians se dirigió un poco despues hácia la puerta del ala derecha. Su semblante frio y severo no manifestaba la menor señal de emocion.

—Perdonadme, dijo al acercarse, con una voz grave y acentuada de un modo particular; mi falta de conocimiento en la lengua dará tal vez á mi pregunta un carácter de indiscrecion brutal... pero mi intencion es buena...

Y sacó una cartera de su pecho.

—El dolor, la desgracia de esta joven lady, añadió en seguida, procede quizás de falta de dinero?...

—No! respondió rudamente Biot.

M. Willians volvió á guardar en su pecho la cartera, llevóse la mano al sombrero, volvió la espalda y encaminóse lentamente por la escalera arriba.

Romeo habia logrado estender los dedos crispados de una de las manos de Santa. Era la mano en que ella conservaba el papel donde Gaston habia escrito la palabra *adios!*

El papel se habia vuelto entre la mano de Santa. En el reverso habia escritas dos solas líneas.

Romeo le llevó al momento á sus ojos. Al leer las primeras palabras, estremeci6se vivamente...

—El cordon! El cordon! exclam6 lanzándose hácia la puerta.

El Auvernés abri6. Romeo desapareci6 al punto.

Biot tom6 á Santa entre sus brazos, subi6 la escalera con precaucion, y fue á colocar en su lecho á la pobre niña...



El cerro de Saint-Chaumont.

Gaston estaba sentado sobre la cama de Nazario, y parecía completamente sumergido en sus profundas reflexiones.

Nazario aparentaba cepillar su pantalon, y miraba al jóven con el rabo del ojo. En la mirada del valeroso Dragon se reflejaba el afecto cordial de un amigo, y la inquieta ternura de un padre.

En la ronca campana de un pequeño reloj colgado en una de las paredes de la habitacion, sonaron las nueve y media.

Gaston se levantó al punto, sacudió la ca-

beza con un movimiento brusco y casi maquinal.

—Ya es hora, dijo.

Nazario permaneció inmóvil, con su pantalón en una mano y su blusa en la otra, admirado de ver aquella frente, inclinada poco antes bajo el horrible peso de la desesperación, enderezarse de improviso, y aparecer tranquila y arrogante.

—Cuento contigo, continuó Gaston, en un tono firme y seguro que contrastaba admirablemente con el flojo desaliento de sus palabras anteriores; tú la consolarás lo mejor que te sea posible... Yo... yo no tengo derecho para pensar en ella, porque ha llegado el momento de obrar como hombre.

—Vamos! dijo Nazario; lo que yo decia!... esto va marchando!...

Desató Gaston su corbata, que le habia servido de cinturón durante la lección de Nazario, y volvió á colocarle en su cuello, formando con toda precisión el ancho lazo, que nuestros dandis de aquella época sabian organizar tan diestramente. Púsose el chaleco, despues el frac, y dijo:

—Estoy pronto.

—Está bien, replicó Nazario, atusando la rebelde seda de su sombrero; dónde es la cita?

—En los cerros de *Saint-Chaumont*.

—Perfectamente!... Ese diablo de Marqués lo hace todo en debida regla... La *Puerta Maillot* se queda para los que encargan su desayuno de antemano, y pagan á un gendarme, para que vaya á ponerse de por medio en el momento en que se preparan á darse tajos y reveses... Esto de sabido se calla... Al paso que los cerros...

Interrumpióse al llegar aquí, y concluyó su frase diciendo entre dientes:

—Y por cierto, que yo daría mi jornal de dos semanas porque hubiera quien fuese á perturbarnos!...

Después añadió en alta voz:

—Con un carruaje, nos ponemos allá en un periquete!... No es esto?

Gaston se adelantó hacia la puerta.

—Pero ahora me ocurre, añadió Nazario; ahora me ocurre que las gentes de pró acostumbran siempre llevar dos testigos por cada parte... y ciertamente que no comprendo para qué es esto!... pero me es igual... Sin embargo, por nuestra parte solo hay un testigo... un testigo solo, voto al diablo!...

—En efecto, replicó Gaston; el Marqués ha hablado de sus testigos.

—Cuando uno cree estar al cabo de todo... ya ves!... Pero es la dificultad... A quién ele-

gir ahora?... Ahí está Poiret... pero es un hombre tan ordinario... tan comun!... qué diablo!... véle á él con los usos de sociedad!... El *Solapado*... es tan... qué sé yo!... sería capaz de cometer alguna de las suyas... y de faltar al decoro debido... Por vida de!... Pues señor, hémos aquí sin saber que hacer, *Descolorido*!...

—Iremos solos, dijo Gaston; ven.

En el mismo momento en que el jóven abría ya la puerta para salir, se escuchó una voz fresca y alegre, que cantaba en la escalera.

—Diablo! diablo! murmuró Dragon: escondamos los floretes... esta es Linda.

En efecto era Linda, pero no venia sola. Seguiala Romeo, que aun traía en la mano el papel en que Dragon habia escrito la noche antes con todos sus detalles y *sin* la menor abreviacion:

«Nazario por otro nombre Dragon, *Boulevard* Beaumarchais, casa nueva, sin número, la cuarta despues del café, escalera de en medio, arriba, arriba, la tercera puerta del corredor. En ella está escrito su nombre.»

Romeo habia descubierto estas señas por una casualidad, al volverse el papelito en que la mano temblorosa de Gaston habia escrito la palabra *adios*! El primer pensamiento de

Romeo fué que el hermano de Santa se iba á batir con Nazario. Este pensamiento tomó tanto mas imperio sobre él, cuanto que sabia que Nazario era un hombre terriblemente delicado en achaques de honor. Despues esta idea misma le hizo concebir una esperanza. Romeo tomó al punto su resolucion.

Nazario, aun despues de su vuelta de Africa, habia mantenido siempre una buena relacion con su antiguo capitan, á quien profesaba un vivo cariño, mezclado de respeto. Romeo era para él el bello ideal de la honradez, de la hermosura y del valor. Le hubiera seguido sin titubear hasta el fin del mundo.

Romeo, que sabia muy bien todo esto, tenia hartos motivos para pensar que una sola palabra de su boca seria bastante á calmar la tempestad.

Al pasar rápidamente la calle de Francs-Bourgeois para llegar mas pronto al boulevard, Romeo decia para sí:

—Ah! ah!... Gaston es altivo!... tanto peor para Dragon!... Será necesario que le dé mil excusas... y se las dará!... Tiene tan buen corazon!... Por otra parte, yo le diré: este jóven es amigo mio... mi pariente... lo primero que se me venga á la boca!... Lo cierto es que ese diablo de Nazario no hará... Con tal que yo llegue á tiempo!...

Y Romeo corria á todo correr.

Llegó al fin al patio de la casa, en donde se encontró con un portero, como Jalambot, sobre poco mas ó menos.

—El señor Nazario, está en casa? le preguntó.

—En el sexto piso, despues del entresuelo, contestó el otro Jalambot.

—Os pregunto si está en casa...

—Subid á verlo, replicó el portero; la tercera puerta del coledor...

Hay muchos de estos funcionarios que llegan á la decrepitud, sin haber visto jamás un baston hecho pedazos sobre sus espaldas.

Esto es muy raro; es la mayor prueba que se puede alegar para demostrar la mansedumbre casi evangélica de nuestras costumbres.

Entonces Romeo no tenia ni tiempo ni humor para detenerse á sacudir al portero algunos bofetones, y dirigióse hácia la escalera, cuyos peldaños comenzó á subir de cuatro en cuatro.

Linda subia tambien, llevando la leche para el desayuno, y sin pensar ni aun por asomo que en aquel instante se representaba en la boardilla el prólogo de un drama sangriento.

Romeo la dejó atrás, y entró el primero.

—Dios sea loado! exclamó al entrar; llevo á tiempo.

—Y á propósito! respondió Dragon; ha sido una fortuna!...

Y antes que Romeo, sofocado de la escalera, pudiese volver á tomar la palabra Nazario continuó:

—Mi capitan: tengo el honor de presentaros á Gaston, por otro nombre el Descolorido... un amigo mio... pero no un amigo de esos que se tienen á docenas, por lo menos!... Un amigo de veras, un amigo en toda la estension de la palabra... un amigo á quien quiero tanto tanto... que de seguro, no querria á un hijo mio, ni tampoco una pizca mas!...

Dragon habia tomado una actitud militar, para pronunciar este exordio. Romeo le escuchó con sorpresa, y todas sus esperanzas quedaron desvanecidas.

—Yo os le presento, cuando se haya en un trance apurado... Un negocio le reclama, como suele decirse, y yo me atrevo á preguntaros si podríais dedicarnos una hora ó dos para completar el número preciso y determinado de dos testigos...

—Caballero... comenzó á decir Gaston, haciendo un saludo de política fria y ceremoniosa.

—Espera, *Descotarido!* le interrumpió Nazario. Se trata, como podeis conocer, mi capitán, se trata nada menos que de ir al campo sobre la marcha. El lance debe verificarse á las diez en punto... y por cierto que es demasiado tarde, segun mi opinion; y mucho mascuando yo, por mi parte, tengo la costumbre de arreglar estos negocios de madrugada, inmediatamente despues de saltar de la cama... Pero, en fin, los gustos varian, como los colores...

Romeo estaba con la cabeza baja, y sin responder palabra.

Linda acaba de entrar. Se habia quedado junto á la puerta con la jarra de la leche en la mano; temerosa, sorprendida y como queriendo comprender á medias lo que allí se trataba.

—Caballero, dijo Gaston, adelantándose hácia Romeo, la hora se acerca, y si vos no podeis concedernos vuestra asistencia...

—Cómo! murmuró el escultor desconcertado; no sois vosotros dos los que os vais á batir?

—Nosotros!... exclamó Dragon; pero, no hay que hablar... chiton!... está ahí Linda... Con que sí ó nó... qué decís, capitán?...

—Que no pueda hacer mas que esto! murmuró Romeo, como hablando consigo mismo;

pero al menos estaré presente y... os sigo.

—Caballero, dijo Gaston, haciendo un nuevo saludo, os doy mil gracias.... Partamos!

Y traspasó el umbral.

Romeo puso á Nazarió la mano sobre el hombro, y le dijo algunas palabras al oido.

—Ah!.. exclamó este con grandes muestras de asombro; con que esto no ha sido una casualidad?...

—Yo le buscaba... Pero la pobre niña va á quedarse sola... No sabrá que yo estoy al lado de su hermano...

—Sí tal!... Aqui está Linda...

Entreabrió Romeo sus labios para responder, y se quedó despues en silencio, como embarazado.

Nazario se sonrojó hasta las orejas.

—Es mimuger, capitan, repuso este enderezándose, no tençais recelo... Ya están publicadas las amonestaciones... Y, sobre todo, no hay amonestaciones que valgan!... Linda es una buena y honrada muchacha, que tiene un escelente corazon... y la prueba es que yo me caso con ella!

Estas palabras fueron dichas con tal dignidad y franqueza, que Romeo no vaciló un momento mas. Dirijióse, pues, hácia Linda, que confusa y adivinando perfectamente que hablaban de ella, aparentaba tener puestos sus

cinco sentidos en arreglar el fuego de la chimenea...

—Señorita, la dijo Romeo: Nazario me ha dado permiso para que os pida un favor.

Linda se levantó y le hizo una reverencia.

—Perdonadme, capitan, interrumpió Dragon; oigo al Descolorido que grita allá abajo... Yo se lo diré mas pronto que vos. Linda, he aqui el caso... hay aqui una jóven señorita, á quien es preciso ir á ver al instante... y consolarla, asistirle... en fin, todo!... Esta señorita es la hermana del Descolorido, que es mi mejor amigo... y ella es alguna cosa del capitan, por quien yo me partiria en cuatro sin dudar un momento...

—Y qué hay que decirle? preguntó Linda.

—Que todo va perfectamente, señorita, respondió Romeo; que yo estoy al lado de su hermano... No os olvidéis de esto... y que recobre esperanzas.

—Hemos concluido; conque, marchemos! exclamó Dragon; al Descolorido se le están llevando los demonios allá abajo... Ya lo sabes, Linda, consuelos, esperanzas, todo!... En el gran palacio que hace esquina á las calles de Franc-Bourgeois y Culture... La señorita...

— Santa de Naye, concluyó Romeo.

—Voy al instante, y lo haré todo lo mejor que me sea posible, dijo Linda.

Romeo quiso darla las gracias; Nazario le empujó hácia fuera sin mas ceremonia, y entrambos bajaron rápidamente la escalera.

Gaston los aguardaba, con el pié en el estribo de un fiacre que habia hecho acercar á la puerta.

El cochero, despues de escuchar la palabra propina, hizo marchar á sus rocines matalones, que arrancando con toda la violencia permitida á sus patas descarnadas y entorpecidas, arrastraron medio al galope el fiacre estremecido sobre el suelo empedrado del boulevard.

La jornada se hizo en el mayor silencio...

Gaston se mantenía inmóvil y frio en un rincon del fiacre. A su lado iba Nazario erguido y temeroso de apoyarse en las paredes almohadonadas ó con pretensiones de tales del carruage, conservando una actitud de circunspeccion exagerada. Romeo estaba agitado. A cada instante parecia que iba á tomar la palabra; y despues se quedaba siempre en el mismo silencio.

Cuando el fiacre comenzó á entrar en las calles del arrabal del Temple, Nazario tosió y dijo:

—La cosa es clara. Los testigos deben estar en autos sobre el particular... Yo, por mi parte, me he decidido á asistir allance, á ojos cerrados, porque siempre hago lo que quiere el Descolorido, que está presente... Pero el capitán... eso es diverso...

—Cómo, Dragon! exclamó Romeo, vos ignorais?...

—Yo no sé nada... absolutamente nada, capitán, interrumpió Nazario; pero el Descolorido es recto, recto como el que mas... y no sería capaz de ninguna cosa que fuera contra la razón y la justicia... Ahora, solo falta saber si él quiere explicarse ó no quiere explicarse.

—Es imposible, respondió Gaston.

—Vedlo, capitán... Pero antes de ir mas lejos, á vos es á quien os toca hacer la tentativa...

—Yo seré testigo de este caballero, replicó Romeo, sea como quiera, y suceda lo que sucediere.

—Sois generoso, caballero, dijo Gaston conmovido; yo os doy las gracias nuevamente, y os las doy con toda mi alma.

Romeo entreabrió sus labios: quiso decir algunas palabras, pero volvióselas al cuerpo, quedándose otra vez en el mismo silencio.

Y qué podría decir ciertamente? El pasado por Santa, era una de esas cosas que salen de los límites prescritos generalmente, y no podía explicarse en dos palabras. Hablar sobre aquello, hubiera sido despertar desconfianzas que ya no habría habido tiempo de disipar, porque la hora estaba próxima y el fiacre iba ya á salir estamuros de la ciudad.

Una palabra indiscreta y fuera de tiempo, podía sacar á Gaston de su sangre fría, y arrebatárle su valor.

Romeo guardó silencio.

Nos encontramos en los cerros de Saint-Chaumont.

El día estaba claro: mil nubecillas negras, rodeadas de brillantes franjas blancas como la nieve, cruzaban corriendo impetuosamente por la estension del cielo. El viento soplabá con violencia, y al impulso de sus breves ráfagas impeíá, casi horizontalmente esas gruesas gotas de lluvia que la tempestad suele arrojar en repentinas salvas para secarlas despues con su aliento incontrastable y poderoso. El sol aparecía por intervalos, derramando á través del aguacero los brillantes colores del prisma. Ocultábase luego tras de una densa

nube, y aparecía en el occidente sombrío la curva inmensa de un arco-iris.

A lo lejos, en la estensa campiña, se veían luchar la luz y la sombra, mezclarse, confundirse, ó sucederse alternativamente, dando á un mismo lugar diversas perspectivas. Anchas fajas de claridad brillante se estendian á lo largo de la inmensa llanura seguidas de otras bandas oscuras que teñían de negras sombras todo cuanto los rayos del sol acababan de iluminar y emblanquecer.

París aparecía negro, confuso, inmóvil, al pié de la montaña. Despues se le veía como bañado por un vislumbre de repentina claridad. París se animaba entonces. Aquel resplandor movible daba un aspecto de vida á la inmensa ciudad. Todo estaba lleno de movimiento. La luz y la sombra se chocaban entre aquellas innumerables murallas que, ora ocultándose á la vista completamente, ora presentándose como por encanto claras y distintas, aparecían como atacadas de gigantescas convulsiones.

Aquel era un espectáculo grandioso, tan pronto halagüeño como terrible, pero siempre magnífico y sublime, siempre imprevisto y nuevo.

Los mismos cerros desiertos, silenciosos y rodeados aquí y allá por sus profundas quie-

bras de arcilla verdosa, contribuian á completar el cuadro. Hace algunos años, estos cerros que lindan con dos barrios populosos de París, conservaban todavia un carácter agreste muy singular; y solamente al ver las ásperas quiebras de aquellos Alpes en miniatura, tapizados por todas partes de una vejección selvática y mezquina, se hubiera podido creer el observador en un desierto muy lejano de las ciudades civilizadas.

Pero, al fin, la ilusion no podia ser muy duradera. A la izquierda, las blancas casas que se agrupan en ordenada simetría sobre el terreno de Belleville; al frente, París todo entero, desde la cúpula de la Salitrería hasta los pórticos de la Magdalena; desde las ligeras torrecillas de San Vicente de Paula, hasta los tejados ennegrecidos de los Inválidos: á la mano derecha el estenso cuartel de Belleville, los molinos de Montmartre; á la espalda el campanario de San Denis, todo diria al ojo del observador cuan lejos de aquellos lugares estaba la soledad de los desiertos.

En nuestros dias, las ilusiones apenas tienen tiempo de nacer.

Romeo, Nazario y Gaston se hallaban en el cerro hacia un cuarto de hora ó poco mas. Esperaban con impaciencia. El reloj de Romeo señalaba las diez y cinco minutos.

—Quizás no vendrá! dijo Romeo, en cuya voz, mas bien que en sus palabras, se revelaba involuntariamente una esperanza.

Nazario, que habia escondido entre un zarzal sus dos floretes, cuyos botones habia hecho saltar antes de salir de casa, huroneaba por todas partes, con las manos puestas á los riñones, buscando un sitio escondido bastante ancho y llano para que pudiera servir de campo en el combate.

—El vendrá! respondió Gaston; le he insultado.

—Sin embargo, repuso Romeo; la hora ha pasado, y en los negocios de esta especie....

—El vendrá! repitió Gaston; yo os prometo que vendrá.

El fiacre aguardaba á una distancia razonable.

Gaston y Romeo se encontraban en la cumbre del cerro, y el viento les daba violentamente en el rostro.

Romeo tomó á Gaston de la mano y le condujo á una bajada donde podian estar algo mas resguardados del viento.

Frecuentemente, basta solo un movimiento de esta especie para romper la indiferencia entre dos personas, sirviendo de exordio á una esplicacion confidencial, que seria muy

difícil de otra manera.

Romeo no había soltado la mano de Gaston; iba á hablar indudablemente, cuando la voz de Nazario se dejó oír al otro lado de la bajada.

Seguramente Nazario amaba á Gaston con toda su alma: en su escelente natural se comprendía todo lo que existe de bueno, de delicado y generoso. Nazario hubiera querido aun á costa de su propia sangre, proteger, defender á su jóven camarada que con su inesperienza y su aparente debilidad aparecía á sus ojos con todo el carácter de una víctima. Pero un duelo, fuera como quisiera, tenía siempre en sí algo de seductor y halagüeño para el buen Nazario. Los preparativos de aquel lance habían despertado en él los dulces recuerdos de otros encuentros semejantes, lisonjeando sobre manera sus instintos batalladores.

Aquel viento fresco de la mañana tenía para él perfumes conocidos. Aquel viento favorable que el diligente cazador respira con alegre satisfaccion, porque le trae á la memoria sus largas escursiones por medio de los bosques, los caminos, los senderos conocidos de la espesura, y un sin número de hazañas campestres... aquel viento era dulce y agradable para Nazario, porque despertaba en su

mente mil deliciosos recuerdos. Y ya se imaginaba en el Africa con su antiguo uniforme, con el sable en la mano debajo de un abanico de palmeras, lidiando en singular combate, firme, alerta así para la defensa como para el ataque...

Cada uno tiene sus manías.

Y no por eso dejaba de buscar con cierto afán cariñoso, si puede decirse así, un lugar cómodo y á propósito para el próximo combate.

—Una alhaja! exclamó de repente, á la espalda de la bajada donde se hallaban Gaston y Romeo. Una alhaja en materia de terrenos para combate... llano, duro, nada resbaladizo... Vamos, una alhaja... una verdadera alhaja!

Y de un ligero brinco fue á colocarse al otro lado junto á Romeo, que le dirigió una mirada de reprension ó reproche.

Pero Nazario no se apercibió de aquella mirada.

—De modo y manera, continuó, que ya no nos falta nada.... Aquí estaremos cómodamente.... estaremos como unos canónigos... Ya lo tenemos todo... nada nos falta... nada mas que nuestro hombre... Ah! pero!... Mira, Descolorido, repuso cambiando de tono, yo no dejo de pensar un momento en

lo mismo... sí, en lo mismo... porque en fin... tú has resuelto no decirnos la razón porque te bates... convengo en ello, porque cuando tú lo haces ya sabrás por qué; en una palabra tú tendrás tus motivos... pero de todos modos, es necesario que sepamos al menos la especie de insulto que...

—Le he abofeteado, dijo Gaston.

Nazario hizo un gesto de disgusto... Romeo bajó los ojos y frunció las cejas...

—Número primero! murmuró Nazario; esto no es malo.... En ese caso, como el otro es el que ha sido insultado, si se dá por satisfecho con la primera sangre...

—Yo no me daré por satisfecho de ningún modo, interrumpió Gaston con la mayor calma y frialdad....

—Sin embargo.... quiso decir Nazario.... Gaston le interrumpió de nuevo.

—Es necesario que uno de los dos quede aquí, dijo; este es un duelo á muerte...

Estas palabras hicieron estremecer dolorosamente á Romeo. Nazario, que se hallaba poseído de un sentimiento análogo, ocultó su emoción bajo un aire calculado de indiferencia, y subióse silbando á la cumbre del cerro.

El viento soplaba cada vez con mas violencia. Las nubes rodaban chocándose en

el cielo, como las olas del mar en tiempo de borrasca, dejando entre sus negruzcas y movibles masas anchos espacios de un azul oscuro. Las ráfagas violentas silbaban entre las ramas deshojadas de los raros arbustos que adornaban aquellos contornos.

Volvió á mirar Romeo su reloj que señalaba ya las once menos cuarto. Y nada anunciaba todavía la llegada del adversario de Gaston...

Romeo cobraba nuevas esperanzas.

—Si será aquello!... dijo en aquel instante Nazario, desde lo alto de su puesto de observacion.

Y estendió al mismo tiempo su mano en direccion opuesta á la que ellos habian seguido para ir á aquel lugar.

Romeo miró hacia aquel lado y nada vió. Subióse sobre lo alto del cerro.

Un elegante cupé, tirado por dos magníficos caballos rodados, venia al galopé por el camino de la puerta de La Villette, acercándose rápidamente en direccion á los cerros.

El corazon de Romeo se cerró entonces á toda esperanza.

VII.

Linda.

El elegante cupé, que habian visto Nazario y Ronico, paróse á la mitad de la subida, á la misma altura que el fiacre, pero en el lado opuesto.

Tres hombres se apearon del carruaje. El uno de ellos colocó bajo el brazo dos espadas en su estuche de tafilote. El otro tomó en la mano una caja de pistolas. El último, que iba envuelto en un sobretodo asolapado, no traia nada.

Los tres comenzaron á subir la cuesta.

El que marchaba el primero, viendo en lo

alto del cerro á Romeo y Nazario, les hizo desde lejos un saludo cortésano, á que ellos correspondieron del mismo modo.

—Ea, Descolorido, hijo mio, dijo Nazario; aqui está ya nuestro hombre!... Yo bien sé que, por lo que toca á mí, pronto despacharía con este diablo de marquesito... un golpe á primera sangre, y nada mas... pero tú te has empeñado en arreglarlo á tu manera...

—Abreviad los preliminares todo cuanto os sea posible, caballeros, dijo Gaston; yo os lo ruego encarecidamente. Deseo terminar pronto.

En aquel mismo momento, Juan Maria Biot, de gran librea, servia el desayuno á la Duquesa viuda de Maillepré.

Habia siempre por parte del buen criado el mismo respeto, la misma prevision y celo; pero aquel dia parecia que estaba desempeñando sus deberes maquinalmente, y como por costumbre. En su rudo semblante se pintaba la espresion de un amargo dolor.

Luego que la anciana señora volvió á ocupar su lugar junto á la chimenea, Biot echó leña en el hogar y en la estufa, á fin de conservar aquel calor sofocante que era pre-

ciso para hacer circular la sangre perezosa y fria de la octogenaria.

La Duquesa no se habia apercibido siquiera de la ausencia de Gaston y Santa. Su espíritu habia muerto aun antes que su carne decrepita; y hacia largo tiempo que la buena señora no tenia ya corazon.

Sentóse en su alto sillón de brazos, cruzó sus manos rígidas y heladas sobre su negro vestido de seda, y cerró los ojos como para dormir la siesta.

Biot se dirigió hácia la puerta.

—En dónde están Santa y Gaston? le preguntó Berta en voz baja.

—La señorita Santa está llorando, dijo Biot. El señor Marqués...

La voz se le ahogó en la garganta; sus ojos se dirigieron hácia el reloj, que señalaba las once menos cuarto.

—Para batirse, no son necesarios tres cuartos de hora... pensó Biot.

—Y bien! continuó Berta, cuyos ojos turbios y frios se animaron lijeramente; en dónde está Gaston?...

—Es preciso esperar... murmuró Biot, con voz enronquecida, es preciso esperar una hora para saber si el señor Marqués es vivo ó muerto...

Berta se estremeció de pies á cabeza, por-

que en su corazón lacerado y comprimido dormían aun sentimientos de amor y de ternura. En la fría y angustiosa tristeza de su soledad abandonada, un choque repentino podía ser bastante á despertar aquellos sentimientos adormecidos.

—Santa está llorando! murmuró Berta; se aman tanto los dos!... Yo quiero ir al lado de Santa...

Sus pálidas mejillas se enrojecieron vivamente: aquellos colores repentinos eran un reflejo de vida: en sus hermosas facciones de «labastro se relevaba en aquel momento una alma apasionada».

Berta dió un paso para salir de la habitación.

—Señorita de Maillepré, dijo en el mismo instante la voz lenta y cascada de la viuda Duquesa; hacedme el favor de comenzar vuestra lectura ordinaria.

Berta se quedó inmóvil, como si una mano invisible hubiera encadenado sus pies al pavimento.

Sus ojos se apagaron, y su semblante se volvió nuevamente de mármol.

Había olvidado por un momento su cadena... aquella cadena que apretaba alrededor de su corazón despedazado el círculo frío y cruel de sus eslabones de hielo.

Biot salió de la habitación. Al entrar en la cámara de Santa, encontró una joven desconocida, sentada á la cabecera de su cama. De vuelta á la porteria, dejóse caer desfallecido en su taburete.

Se le hubiera podido ver allí, durante las largas horas que se siguieron despues inmóvil como una estatua, con los brazos cruzados sobre su robusto pecho delante de su trabajo comenzado... Sus cejas estaban fuertemente contraídas... sus ojos clavados en el suelo.

Biot estaba inmóvil, completamente inmóvil, y no proferia siquiera un gemido; no murmuraba una oracion... El, que procedia de esa provincia cristiana, religiosa y creyente.. Biot no rezaba... Biot, que habia nacido en Bretaña, en esa briosa tierra, en donde nunca echan raices las malas yerbas del escepticismo árido y desconsolador, del eclecticismo impotente ó del antiguodeismo, renovado por Voltaire, y puesto despues al alcance de esos filósofos de calles y plazuelas, que consiste en prosternarse contritos ante el Criador, insultando al mismo tiempo á sus ministros desde el mas humilde hasta el mas ilustre, menospreciando á la vez los oscuros trabajos del mártir desconocido, y la gloria inmensa de Bossuet!...

Biot no rezaba... porque todo su ser pare-

cia como entorpecido y paralizado por una especie de agonía lenta y cruel.

La hora había pasado. A qué rezar ya?... Maillepré en aquel momento era ya ó vencido ó vencedor.

Biot lo sabía todo. Santa había hablado al fin en medio de sus sollozos. El destino del último de los Maillepré se acababa de decidir completamente.

El breton no sentía ya latir su corazón. En su mente solo había confusión y tinieblas. Esperaba, frío, casi insensible, poseído de ese mortal entorpecimiento que se apodera, según dicen, de la víctima, al mirar el cuchillo levantado sobre su pecho...

Santa, completamente vestida, se hallaba también inmóvil en su lecho: ella también esperaba con ansiedad cruel... pero su dolor no era tan amargo. Tenía á su lado un alma sensible y buena que la consolaba, haciéndola concebir dulces esperanzas.

En efecto, Linda cumplía su promesa. Había ido inmediatamente al palacio de Maillepré, y en aquella niña á quien se hallaba encargada de consolar había reconocido, á la oficiala bordadora de Madama Sorel, á la víctima de su aturdimiento del día anterior.

No era ciertamente Linda un ángel, ó por

lo menos era un ángel algo apegado á las cosas terrestres; un ángel cuya blanca vestidura de inocencia habia sufrido tal vez algunos desgarrones. Pero no tenia ciertamente la culpa la pobre muchacha. Quién será capaz de hacer un cargo al soldado que sufre una derrota, al presentarse sin armas delante del enemigo?

Estas pobres y buenas muchachas, cuya vida es una larga série de infortunadas aventuras, nacen y crecen, sin que un labio amigo murmure el nombre de Dios junto á su cuna. Son hijas de la miseria, de la miseria siempre descreída, rencorosa, y desesperada. Su infancia, en vez de los santos placeres del hogar doméstico, placeres que se encuentran indudablemente lo mismo en la indigencia que en la riqueza, cuando el ciego desorden y la mortal corrupcion no han llegado á convertir la pobreza en vergonzoso abandono, trocando las quejas dolorosas en horribles blasfemias; su infancia, repetimos, en vez de los placeres del hogar doméstico solo ha tenido delante de los ojos las angustias de un trabajo aborrecido, de una tarea odiosa, alternada con miserables orgias... Espiritus sin fé, sin creencias de ninguna especie, sumidos en las tinieblas de una apatia estúpida!...

Es por ventura un padre ejemplar ese hom-

bre borracho que golpea á su propia muger hasta el extremo de matarla? Es una madre esa muger que corretea por las calles, que baila y jaranea; tomando parte activa con la mayor frescura en las desordenadas saturnales de los barrios bajos, sin pensar siquiera en las lágrimas de sus hijos abandonados?

La miseria embrutece. Oh! esto es muy cierto por desgracia! Necesario es padecer antes de condenar... El corazon se despedaza al contemplar esos horribles sufrimientos, contra los cuales la orgía es ¡ay! el único refugio. ¿Pero ha sido precisa una fria crueldad, una barbárie insensata para arrancar á ese sin número de mártires su consuelo supremo?... En medio de su angustiada desesperacion, brillaba siempre un rayo de esperanza; en su horrible miseria tenian siempre un sosten, un guia, que le condujese por el áspero sendero de la existencia.

Maldito, maldito sea el error fatal que les aparta de la cruz, de esa cruz á que se elevaban sus manos suplicantes!

Vosotros les habeis quitado sus creencias; vosotros les habeis dicho: vuestras esperanzas son engañosas; y esos sacerdotes, que os hablan de Dios, no se miran jamás unos á otros, sin reirse!... Vosotros os habeis impuesto la mision de perseguir á esas pobres

víctimas del presente, gritándoles sin tregua: No hay porvenir!... Les habeis arrancado su fé que era su consuelo, su felicidad... y qué les habeis dado en cambio? La religion de vuestras canciones infames, no es esto? La religion alegre y bulliciosa, cuyo evangelio está comprendido en este hemistiquio de ópera cómica; el juego, el vino, las bellas!...

Pero, en medio de sus juegos, anda siempre el cuchillo de los crímenes; su vino está emponzoñado; sus amores, esos amores que vosotros habeis despojado de todo freno, dan por fruto ese millon de niños desconocidos de sus padres, raza salvaje, consumida y raquítica, que os aborreee, solo porque teneis pan que llevar á la boca, y que tiene razon, mucha razon para aborreceros...

Pero esto no era bastante todavia. Vosotros habeis inspirado una horrible desconfianza á esos desventurados, contra quienes se encarnizan únicamente vuestras teorías, una desconfianza absoluta para con la misma caridad! Habeis calumniado hasta el espíritu de la limosna y no hace mucho que hemos leído todos un violento ataque contra esas misericordiosas mugeres, orgullo modesto de nuestra civilizacion cristiana, que hasta el mismo siglo diez y ocho habia mirado con respeto!

Todo se lo habeis arrebatado... todo!... Y qué les habeis dado en trueque?...

Ah! vosotros solo teneis frases campanudas y vacías! Vosotros decís: El desgraciado siempre es un hombre, un ciudadano; darle una limosna es hacerle un insulto... Tiene derechos al trabajo.

Tribunos, vosotros comeis, despues de haber escrito. Mientras estais escribiendo hay gentes que se mueren de hambre... permitid al menos que se las socorra!...

Cuando vosotros les hayais dado ese trabajo, á que tienen un derecho, entonces será tiempo de arrojar á los muladares la caridad, como un harapo vil y despreciable. Entonces, esto será solamente una ingratitud; mientras tanto, seria una barbárie..

Linda habia nacido en una pobre boardilla del arrabal de San Marcelo. Sus padres trabajaban seis dias á la semana, y el domingo gastaban en vino las tres cuartas partes de su jornal, siempre por pura devocion al *Dios de la buena gente*.

Entrambos se fueron al otro mundo, sin conocer en este otra cosa mas que un trabajo aborrecido, el hambre y los placeres brutales de la embriaguez y del desorden.

Linda creció y se hizo muger, no sabemos de qué manera. A la edad de doce años esta-

ba de criada en casa de un jardinero de Montrouge, y era bella como una rosa. Pero Montrouge no era Paris... Y Linda se vió arrastrada por esa misteriosa atraccion que la gran ciudad ejerce sobre todo cuanto la rodea.

Linda vino á Paris. Se hizo griseta; pero afortunadamente nunca llegó á ser bocado de estudiantes.

Una feliz casualidad colocó á Nazario en su camino. Linda se hallaba en equilibrio al borde del precipicio. Nazario la tendió la mano, y la pobre muchacha se salvó.

Hay un adagio que pretende que no todas las verdades se pueden decir. Este adagio es una antigualla estúpida.

Nosotros conocemos un libro que hace á las jóvenes costureras este incontestable razonamiento: Hijas mias, moralistas impertinentes os encargan á cada paso que seais virtuosas. A mas de trillado y viejo, esto es absurdo, completamente absurdo; y la prueba es la siguiente:

Vosotras ganais con vuestro trabajo veinte obolos, y necesitais cuarenta para vivir.... cuarenta obolos ó algo mas, pero nunca menos.

Luego es imposible, materialmente imposible, que podais conservaros virtuosas.

La virtud en vosotras es una utopia, un sueño.

Cualquiera de vosotras que se empeñara en ser virtuosa, se empeñaria en un imposible.

Para exigirnos que vosotras os conserveis virtuosas, seria preciso ser un tigre, un hipócrita vil, un infame propietario...

Es cierto que el libro á que hacemos referencia no concluye, pero es una fatalidad. Hubiérale sido muy fácil añadir. Por lo tanto, señoritas, tirad vuestras agujas al rio, bailad la polka, tararead la mazurca y perdeos dulcemente por los carriles deliciosos de ese lindo arrabal en donde se forman las loretas...

Hablando seriamente, triste, penosa y peligrosísima es la vida de esas pobres muchachas, cuyo ingrato trabajo solo obtiene por recompensa un salario tan mezquino!

Pero justamente por lo mismo que se hallan las infelices siempre al borde del abismo, no creemos nosotros muy á propósito el empujarlas con la mano al pasar junto á ellas con la mano al pasar junto á ellas cariñoso. Porque esto ha podido tal vez precipitar á muchas.

Y quién ignora la hiel emponzoñada que se esconde en el fondo de ese abismocubierto de

flores en sus orillas?..

Hay, seguramente, algo de noble y de grande en esas ideas vertidas en nuestros dias acerca de los derechos del trabajo. Nosotros las apreciamos cuando brotan de la enérgica pluma de Luis Blanc. Esas ideas nos persuaden, nos exaltan con frecuencia cuando, enunciadas por los labios de un abogado elocuente y convencido de su verdad, se presentan revestidas con todas las formas de una discusion razonable. Pero nosotros nos indignamos al ver algunos ingenios ó aturdidos ó mal intencionados, partir del mismo punto para deslizarse de costado, estraviarse, perderse completamente inspirando al pueblo con sus fanáticas arengas un ódio sistemático y ciego á todo lo que fué.

Nos indignamos al escuchar por todas partes ese sin número de palabras imprudentes, que ni aun tienen siquiera el mérito de designar un mal, porque el mal es ya conocido de todos, y solo se consigue aumentarle y redoblarle proclamando su necesidad fatal.

En esto, como en todo, hay que considerar dos cosas. Honor á los talentos eminentes y honrados, cuyas vigiliass concienzudas preparan la revolucion moral que, mas pronto ó mas tarde, ha de elevar á las clases trabajadoras al lugar que las corresponde de justicia,

proporcionándolas un bienestar mayor, inmensamente mayor del que ahora disfrutan; pero baldon y desprecio á esas medianías apasionadas que en lugar de hacer avanzar la solución del gran problema social, la hacen retroceder con sus estúpidas arengas; baldon á esas medianías que insultan, que calumnian bajamente, y cuya única misión, en una palabra, se reduce á enconar por el dinero las iras populares; á lisongear por el dinero las flaquezas de la multitud!

Estos, ó son monógamos ó perversos, ó bien unos hombres que comercian con sus ideas, como pudieran hacerlo con otra cualquiera cosa.

Y Denisart tenía razón, harta razón sin duda para temer que le robáran su pensamiento. Se le han robado; y el axioma: *Un millon de sueldos hace cincuenta mil francos*, ha sido causa de muchos sacrificios que han rayado en un entusiasmo ardiente; ha sido causa de muchos ódios que han rayado en locura furiosa y desesperada.

Afortunadamente Linda, aun no sabia leer cuando encontró á Nazario. Este fue quien dirigió y formó completamente su educación. El profesor no era tal vez todo lo hábil que hubiera podido desearse, pero su buena voluntad hizo prodigios, ayudada por la apti-

tud y el excelente corazón de su discípula.

De manera, que por una feliz casualidad, Linda creía en algo, gracias á las lecciones de Nazario, que se acordaba á medias de las buenas doctrinas en que le habia nutrido su anciana madre.

El recto juicio de la muchacha y el amor tierno y profundo que profesaba á su novio, hicieron lo demas.

Nazario tenia razon: ella era digna de ser la esposa de un hombre honrado...

Linda encontró á Santa, con los ojos humedecidos todavia, y en el colmo de su desesperacion. En cualquiera otro momento, Linda se hubiera visto muy desconcertada para presentarse delante de aquella pobre niña, á quien habia afligido cruelmente, aunque sin querer, el dia anterior. La alliccion de Santa la hizo olvidarse de todo. Acercóse á ella y la asió de las manos con cariciosa efusion, como si hubiera sido una hermana.

—Vengo de parte de M. Romeo, dijo Linda, adivinando que aquel nombre bastaria por sí solo para poner treguas al desaliento desesperado de Santa.

En efecto, esta se mostró vivamente conmovida y la dirigió con afan una mirada de interrogacion.

—Sí, repuso Linda sonriendo; M. Romeo,

que está con Dragon y con vuestro hermano...

—Dónde están? preguntó Santa.

Linda vaciló un momento: porque no quería decir: han ido á batirse!

—No os inquieteis, no os inquieteis, respondió al fin. Dragon es vigoroso como un turco y quiere al Descolorido... el Descolorido es vuestro hermano... le quiere como á sí mismo, y mas acaso, yo os lo aseguro..... Además está tambien con él M. Romeo, que me ha dicho: Todo va bien!

Latió el corazon de Santa con mas libertad. Volvieron á renacer sus esperanzas, y dió gracias al cielo, porque Romeo se había reunido á su hermano... Esta era una buena noticia. El primer efecto del amor naciente en un corazon de niña es una admiracion exagerada y sin limites hácia el objeto que se le inspira.

Quizá no amaba todavía Santa á Romeo. Al menos, si el germen de este amor existia ya en su corazon, era sin que ella misma lo supiera, puesto que de otro modo no se hubiese atrevido seguramente á presentarse sola en casa del escultor. Pero le admiraba ya; tenia una idea, confusa si se quiere, pero muy elevada de su poder. Se imaginaba que bajo la proteccion de Romeo, Gaston estaba com-

pletamente en salvo.

—Quién es ese Dragon? preguntó Santa á Linda.

Esta se puso colorada, dejando ver un vivo rubor, que contrastaba con su sonrisa.

—Es mi marido, respondió al fin con resolución. Cuando digo mi marido... quiero decir... todavía no lo es... pero lo será muy pronto, porque todo está dispuesto para nuestro matrimonio... Oh! diantre! y es una suerte que Dragon esté con vuestro hermano, señorita, porque habeis de saber que ha servido en el ejército y que está condecorado... y será capaz de romper la crisma á tres ó cuatro, como él suele decir, antes que toquen á un pelo al Descolorido... Con él y M. Romeo, que ha sido su capitán en Africa y que está adornado de un valor á toda prueba, vuestro hermano no tiene nada que temer... ya veis, nada que temer absolutamente.

—Gracias, gracias! dijo Santa; si supiérais todo el bien que me haceis con vuestras palabras!...

—Oh! en cuanto á eso, exclamó Linda, nunca podré haceros todo el bien que quisiera... Ya sé que nunca llegareis á perdonarme, porque yo fui la que tuve la culpa... ya os acordareis de ayer... yo saqué la conversacion de la ópera en casa de madama So-

rel... Os recuerdo todo esto, porque tengo un peso en el corazon... he llorado de rabia por haber cometido semejante necesidad!... Ah! pero yo diré á aquellas señoritas lo que sea razon!... mucho mas, cuando ya conozco á vuestro hermano y sé perfectamente...

Linda, al llegar aquí, se interrumpió y tomó cariñosamente las manos de Santa entre las suyas.

—Decidme, repuso despues, es necesario que me lo digais... quiero saber si mi cara os parece bien, porque yo por mi parte os encuentro á vos muy hermosa, muy hermosa, y desde luego puedo aseguraros que ya os amo...

Santa sonrió tristemente.

—Os enoja que diga esto? preguntó Linda, que con los movimientos de su bello semblante, con la dulzura de su voz, daba cierta expresion encantadora á los giros populares de su *cháchara*; os dura todavía la rabieta de ayer?...

—Oh! no, respondió Santa; teneis muy buen corazon, y es imposible que abrigáseis la menor intencion de afligirme... Vos no quisisteis hacerme mal.

—Es cierto, es cierto!... exclamó Linda; seguramente que yo no lo hice con ánimo de entristeceros... Y cuando os vi salir, me hubiera

cortado la lengua, de mejor gana que lo digo!... Diantre, diantre!... bien mirado, yo sola fui la causa de que vos tomáseis la puerta, y por tan poca cosa... Pero vos no sois como nosotras... cierto que no!... Vos pareceis... qué sé yo!... lo cierto es que hace media hora que os estoy hablando, y aun no me he atrevido á tutearos...

Santa sostenia entre sus manos su frente abrasada y desvanecida.

Linda guardó un instante de silencio. Sus ojos estaban clavados en Santa. Despues se dejó caer de rodillas junto á ella. Los rubios cabellos de las dos niñas se tocaron y confundieron.

—Cuánto tarda en pasar el tiempo! no es verdad? murmuró Linda, con un acento de esquisita sensibilidad; ya sé que es en vano querer distraer vuestra inquietud... Vos no podeis pensar mas que en él... Dios mio, Dios mio!... Cuánto diera yo por alcanzar á consolaros!... Y yo estoy segura de que volverá bien pronto... Dragón está con él.

—Gracias, gracias! dijo Santa otra vez; habeis hecho muy bien en venir... Sin vos, ya me hubiera muerto á fuerza de sufrir y llorar!...

—No digais eso! repuso Linda; Dios es bueno y escuchará vuestras oraciones... de-

de escucharlas, yo os lo aseguro!... Oremos las dos, rogándole que vuelva pronto vuestro hermano!...

Santa abrió los brazos con reconocimiento, conmovida hasta el fondo de su alma... Linda la besó con todo su corazón.

Un instante despues, las dos niñas estaban arrodilladas sobre el suelo, la una junto á la otra, pidiendo á Dios la vida de Gaston.

.....

En el mismo momento, Nazario media las espadas en el cerro de Saint-Chaumont.

Gaston y el marqués acababan de despojarse de la parte de sus vestidos que hubieran podido embarazarles...



VIII.

La tempestad.

El jóven Marqués de Maillepré, al arribar á la cresta del cerro con sus dos testigos, saludó á su adversario con la mayor afabilidad y cortesania.

Aqui tenemos presentes dos personajes que llevan ambos el mismo nombre. Para ahorrar confusiones, que de otro modo serian inevitables, llamaremos al uno el Marqués y al otro simplemente Gaston.

Gaston contestó al saludo del Márqués, con una inclinacion fria y altanera.

Duchesnel reconoció desde luego á su cu-

ñado, pero no mostró la menor emoción, ni apareció desconcertado. Duchesnel tenía realmente cierta disposición para la diplomacia.

En cuanto al doctor, mostraba su interminable cara cubierta de mortal palidez. Llevaba en la mano un paraguas que el viento agitaba sin cesar. Afirmaba con frecuencia los anteojos en su colosal nariz, apretando convulsivamente las espadas bajo el sobaco. Aparentaba un aire sereno. Pero el observador más superficial hubiera podido penetrar que aquellas dos espadas pesaban más en su brazo que dos docenas de histuris.

—Celebro en el alma encontraros, señor capitán, dijo el Marqués á Romeo alargándole la mano.

Romeo tocó lijeramente aquella mano que se le ofrecía de tan buen grado.

Al ver al Marqués había fruncido las cejas, dirijiendo al hermano de Santa una mirada de dolorosa conmiseración.

Conocía al Marqués de haberle visto en Africa. Sabía que era un duelista terrible, diestro, intrépido, infatigable. Le había visto más de una vez en lances semejantes.

Nazario, por su parte, se mantenía derecho, inmóvil á la espalda de Gaston, con sus dos viejos floretes debajo del brazo. Se halla-

ba frente á frente del doctor, con quien formaba seguramente un estupendo contraste.

—En verdad, señores, dijo el Marqués, soplándose sus lindas manos cubiertas de ricos guantes, en verdad, que hace un tiempo malísimo para un lance como el que nos reúne en este lugar...

—Yo sería de opinion, se apresuró á interrumpir Romeo, yo sería de opinion de que el negocio se aplazára para mejor ocasion.

—Cierto que sí, añadió Josepin.

Duchesnel y Nazario guardaron silencio.

—Yo, pronunció el Marqués con un tono ligero, y volviéndose hácia otro lado, por no encontrarse con la mirada de Gaston, yo no juzgo oportuno aplazarlo para otra vez... Por mi parte, estoy pronto... y solo me detendré únicamente, añadió con galantería, el tiempo necesario para escusarme por mi tardanza, caballeros... Os he hecho esperar...

—Una hora justa! dijo rudamente Nazario; y esto hacia ya creer...

Gaston le cortó la palabra con un gesto imperioso y frio.

Hacia ya una hora tambien, que este habia sofocado en su alma el recuerdo de Santa; á

los arrebatos de dolor desesperado de que ya le hemos visto poseído en la boardilla de Dragon, habia sucedido en su corazon una calma estóica.

—Me parece, dijo Gaston, que ya no hay nada que nos deba detener... Podemos comenzar.

—Con dos meses de esgrima, seria todo un hombre! pensó Nazario con visible enterrecimiento; esto es lo que se llama un bello modo de estrenarse!..

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, replicó el Marqués.

—Pero es costumbre establecida... comenzó á decir Romeo, con el corazon despedazado de inquietud, es costumbre establecida....

Gaston le dirijió una mirada altanera de reprension y reproche.

—Caballero, interrumpió este, os he dicho mis intenciones, y vos me habeis hecho una promesa.

Romeo inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Vamos! dijo Nazario, marchemos!... he encontrado un sitio escelente... un sitio que no cabe mejor!...

—A dónde demonios habrá ido á buscar el bueno de mi cuñado á su segundo?... pensó Duchesnel.

—Oyes, murmuró Josepín á su oído, este no es ni M. Varannes, ni M. de Baulnes...

Nazario habia dado la vuelta al cerro, tomando la delantera á los demas, que le siguieron.

Gaston era bastante mas alto que su adversario, y aunque sus miembros no tuviesen nada de atléticos, parecia tambien mucho mas robusto.

El Marqués, habia en efecto echado sobre el brazo el sobre todo de pieles, y una levita abrochada hasta arriba dejaba ver en toda su armonia encantadora los graciosos contornos de su afeminado talle.

Nazario, sin dejar de andar, le miraba por detrás con el rabo del ojo.

—Ah! si fuera conmigo!... si fuera conmigo!... murmuró.

Romeo, por el contrario, parecia enteramente consternado.

Llegaron al sitio del combate.

Era una esplanada oblonga, muy poco profunda, y cuyo suelo estaba nivelado por una escavacion comenzada en aquel lugar. Se hallaba defendida por un lado con una especie de muralla en cuyo terreno arcilloso aparecian aun las señales del azadon de los cavadores; por el otro habia una cuesta cubier-

ta en parte por una yerba mezquina y medio enterrada, cuyos manojos arrancados tambien por el azadon, aparecian aqui y allá confundidos con los terrones. Aquel lugar estaba perfectamente oculto á las miradas de la curiosidad; ó al menos, era preciso que algun paseante indiscreto llegase hasta el borde del cerro, para que pudiera temerse una sorpresa.

Luego, la tempestad que estallaba rabiosa aquella mañana, hacia poco probable la llegada de un paseante á aquellos sitios.

Tendria la esplanada unos cuarenta pasos de longitud y unos seis ó siete de anchura. La cuesta que la protegia por el lado de la ciudad, comenzaba á ceder desde cierta altura, dejando ver una linea de casas confusamente agrupadas, cuyas altas chimeneas batidas con violencia por el viento, arrojaban bocanadas de humo, que se elevaba en turbiones interrumpidos, tan pronto blancos como negros.

Gastonse despojó de su frac, que dobló y colocó despues sobre una piedra.

El Marqués se quitó su levita, y se la arrojó desde lejos á Josepin. Debajo de ella tenia el Marqués una ancha camisa con muchos pliegues, á cuya abertura se adaptaban unas chorreras con frunces menudos

y ajados por la presión de su levita abrochada poco antes. Esta camisa floja y sin almidonar no señalaba de modo alguno los contornos del cuerpo, y hacia un gran contraste con el pantalón cuidadosamente ajustado á su cintura redonda y delicada.

Es cosa sabida que los jóvenes oficiales de húsares llevan siempre un corsé debajo de su camisa, un corsé cruel y apretado, más duro que un cilicio, y que, según los descubrimientos de la ciencia, suele ser á estos héroes en miniatura aun mucho más fatal que el plomo enemigo. Este corsé apretado todas las mañanas por las manos vigorosas de los robustos asistentes que la ordenanza concede á estos jóvenes oficiales, esperanza de nuestro ejército, que van á cumplir sus deberes militares después de terminar la minuciosa toilette de sus cabellos; este corsé homicida obra milagros, y da á los más rollizos el talle impalpable y aéreo de mademoiselle Natalia Fitzjames.

Las mugeres de cincuenta años no tienen más que dos cosas en que pensar: en estos corsés positivamente encantadores, y en los cupidos que conquistan con sus atractivos.

El Marqués no era tan menudito como suelen serlo los oficiales de húsares, pero

era muy menudito sin embargo.

Esta circunstancia se adaptaba perfectamente con los rasgos delicados de su semblante encantador, y con la esquisita gracia que campeaba en toda su persona.

En aquel momento solemne, Gaston aparecia hermoso, pero con una hermosura noble y varonil. Su cuerpo se habia enderezado. Un encarnado fugitivo coloraba sus pálidas mejillas. En sus ojos brillaba una espresion de calma grave y valerosa.

Por el contrario, el Marqués parecia como si quisiese ocultar bajo las apariencias de una jovialidad lijera y juguetona las señales de una emocion imposible de dominar. Evitaba con gran cuidado encontrarse con los ojos de Gaston, á quien no miraba jamás frente á frente: esto era indudable.

Romeo no pudo menos de apercibirse de ello. Pero Romeo estaba poseido de su inquietud y no podia parar mucho tiempo su atencion en una circunstancia tan poco notable seguramente.

Sacáronse las espadas de su estuche comun, y abrióse la caja de las pistolas.

—M. el Marqués de Maillepré ha sido insultado por M. de Naye, dijo Duchesnel; por consecuencia, nos pertenece la elec-

cion de armas.

—Yo renuncio ese derecho, dijo el Marqués precipitadamente.

Romeo y Dragon le miraron con asombro.

—Le renuncio, añadió el Marqués, poniéndose encarnado; porque me es lo mismo de un modo que de otro.

—Pues en ese caso, dijo Nazario, adelante con las espadas..... esto no atraerá seguramente á los esbirros de la policía.

—Sea la espada, replicó el Marqués.

El sol brillaba entre dos nubarrones que encapotaban el horizonte, en tanto que el cenit aparecía cubierto de un azul puro y sereno. Algunas gotas perdidas se desplomaban de cuando en cuando en aquellos contornos. El viento soplaba con una violencia extraordinaria.

El Marqués y Gaston se colocaron en guardia, el uno frente del otro.

—Atencion, Descolorido, atencion hijo mio! murmuró Nazario; el cuerpo descansando sobre la pierna izquierda... la pierna derecha, libre.

—No olvides á mi hermana... le respondió Gaston.

Se cruzaron las espadas crugiendo suavemente una con otra.

Romeo contenia su respiracion.

Nazario, con la boca abierta y los ojos dilatados, seguía las dos puntas con una atención afanosa.

Josepin se mantenía un poco detrás, tiritando de frío pero insensible á toda emoción, aunque no muy á sus anchas, y como agitado por una especie de terror.

Duchesnel, colocado enfrente de Romeo, tenía como este en la mano uno de los floretes que había llevado Nazario.

Dada la señal, Gaston empujó su espada derecha... El Marqués hizo un movimiento; su ligera muñeca se volvió vivamente. La espada de Gaston saltó de su mano, yendo á caer á tres pasos de distancia.

El Marqués bajó la punta de la suya. Estaba pálido: sus labios aparecían estremecidos.

—No sabe... es evidente!... murmuró: y yo... yo pierdo el juicio en viéndome en guardia... Cambiemos de armas, ó concluyamos mientras que dura el tiempo...

Sus ojos estaban clavados en el suelo.

—El señor Marqués, dijo Romeo adelantándose hácia él, parece dispuesto á cerrar el combate?...

—Sí, respondió en voz baja M. de Maillepré.

—No! pronunció Gaston, con voz firme y

tranquila.

Acababa de recobrar su espada.

—Yo soy el insultado, dijo el Marqués, cuyas mejillas mudaron de color mientras hablaba; yo no sé por qué me habeis insultado. No exijo de vos excusas de ninguna especie.....

—Esto no puede rehusarse ya! exclamó bruscamente Nazario.

—Caballero, añadió Romeo aproximándose á Gaston; todas las circunstancias de este duelo son muy estrañas... Pero esto es ya increíble... Yo estoy en el deber de decíroslo: el combate no puede continuar.

Gaston miró frente á frente á su adversario, que continuaba con los ojos siempre fijos en el suelo.

—Yo no puedo decir el motivo por qué me bato, respondió aquel con la misma sangre fria; sólo puedo decir que mañana lo mismo que hoy, y dentro de un mes lo mismo que mañana, esperaré á este hombre en la calle para insultarle á su paso, para insultarle... Mi deber... mi deber es matarle... y si quiere llevar con tranquilidad el nombre de Maillepré que ha robado, es preciso que él me mate á mí...

El Marqués no levantó los ojos del suelo, pero un vivo encarnado coloró su frente, y

sus rubias cejas se frunciéron fuertemente.

—He hecho cuanto he podido!... murmuró.

Todavía permaneció inmóvil por espacio de un segundo; despues volvió á ponerse en guardia lentamente.

Las dos espadas se chocaron de nuevo. Un rayo fugitivo iluminó de pronto los ojos del Marqués al ruido metálico de las dos armas cruzadas una con otra.

Gaston arremetió segunda vez impetuosamente.

El Marqués paró el golpe tratando solo de la defensa, sin emprender el ataque. Gaston redobló sus esfuerzos segundando la arremetida. En sus ojos se reflejaba una rabia concentrada y sombría.

Acometia y tornaba á acometer á su adversario con todo el vigor de que era capaz. Sus sienes estaban inundadas de sudor. Su pecho dejaba oír un ronquido sordo...

El Marqués paraba, y siempre paraba sin acometer una vez siquiera... Pero á medida que el combate se iba prolongando, un cambio visible se obraba en los purísimos rasgos de su semblante... Su boca se contraía fuertemente, sus ojos lanzaban fuego. En las ligeras arrugas que se cruzaban alrededor de aquellos labios, creciendo cada vez mas, se

leía vagamente una espresion amenazante y terrible...

Y sin embargo, continuaba parando, siempre parando sin acometer jamás...

La espada de Gaston saltó todavía una vez de entre su mano debilitada.

Romeo creyó ver contraerse fuertemente el brazo del Marqués, por un movimiento instintivo y maquinal, como si hubiera necesitado toda su voluntad para contenerse y no herir.

Pero el Marqués no hirió, y la punta de su espada fue á picar violentamente la dura superficie del suelo.

Gaston se cubrió el rostro con las manos y lanzó un gemido sordo y ahogado.

—Maillepré! Maillepré! murmuró el jóven entre los ronquidos confusos de su pecho oprimido y casi sin respiracion; padre mio, hiciste bien en ocultar tu nombre, porque yo no sé defenderle!...

Lanzóse en seguida de un salto á recobrar su espada, y volvió corriendo á ponerse en frente de su enemigo.

—Caballero, caballero, exclamó Romeo con voz alterada: no veis que os ha perdonado la vida!

Contaba con esta amarga reconvencion, como con un recurso extremo. Pero Gaston, en

vez de irritarse, recuperó al punto su calma sombría, y apareció tan tranquilo y frío como antes.

—Es verdad, dijo; pero al fin se cansará de perdonarme la vida... Vedlo!... añadió mostrando con el dedo el rostro contraído del Marqués; la cólera comienza á manifestarse ya!... Un poco de paciencia!... Tengamos un poco de paciencia!...

—Qué desesperado! murmuró Josepin.

—Cómo es, pensó Duchesnel, que el Marqués, viendo que mi señor cuñado sabe cuatro veces mas que lo que estaba obligado á saber, no acaba de enviarle sin rodeos al otro mundo?... Esto es muy raro!

Romeo despues de la respuesta de Gaston, pareció un momento como consultando consigo mismo, y fue á colocarse luego entre los dos adversarios.

—En calidad de testigo, dijo, yo me opongo formalmente á la continuacion del combate... Estos caballeros, deben juzgar como yo que el honor está cumplidamente satisfecho.

—Ya lo creo, replicó Nazario.

—Cumplidamente satisfecho! añadió Josepin.

—Estos caballeros, dijo Duchesnel, señalando á los campeones son los mejores jueces

en la materia.

Hay testigos como Duchesnel. De ellos se dice que *son muy firmes*..... Son apreciadísimos por los maestros de armas. Saben las leyes del duelo mejor que un escribano las trampas embrolladas de su oficio. Hacen uso de ellas algunas veces en causa propia, pero lo mas general es en causa ajená. No siempre suelen ser hombres de bien, pero tienen en cambio *mucho honor, muchísimo honor*.

Cuando se verifica un duelo sin que ninguno de los combatientes quede tendido en el campo, estos testigos se encojen de hombros y pretenden que se les ha molestado para nada. Si solo sucumbe uno de los campeones, no quedan contentos mas que á medias.

De cada diez hombres muertos en desafio, estos matones han enterrado cinco por lo menos.

Importa mucho guardarse de ellos; se les debe evitar siempre casi tanto como á esos testigos demasiado benignos y complacientes que se ponen á discutir sobre si un hofeton es suficiente causa para un duelo; ó pretenden *arreglar* á dos contendentes, entre los cuales media un *latigazo*...

Gaston asió de la mano á Romeo, y separándole algunos pasos,

—Faltais á vuestra promesa, le dijo con los

dientes apretados y la voz temblorosa. En último caso, solo os queda el derecho de retiraros.

—Esa es mi opinion, repuso gravemente Duchesnel.

—Pues bien! exclamó Romeo; el duelo terminará sin testigos... Retirémonos, Nazario!

—Nazario, dijo Gaston juntando sus manos sobre la guarnicion de su espada, me has dado tu palabra de honor.

Nazario bajó la cabeza. Romeo repitió su indicacion de partir... Nazario permaneció completamente inmóvil.

—El *Descolorido* tiene razon, murmuró al fin este último; ya no es tampoco un niño, capitán... Yo daría de buena gana mi mano derecha, que es como si digéramos mi oficio y mi todo, por hallarme en su lugar... pero si él está empeñado en andar al morro... no hay mas que dejarle y callar... un hombre es siempre un hombre.

—Gracias! gracias, amigo mio! exclamó Gaston con entusiasmo. En guardia, caballero!

Cruzáronse las espadas por tercera vez.

Se hubiera dicho que aquel prolongado combate habia servido en cierto modo á Gaston de ejercicio para adiestrarse en el uso de

las armas; manejábase ya mejor, y su espada buscaba ahora con mas seguridad un flanco para herir. Pero el Marqués era indudablemente un tirador consumado. Los esfuerzos de Gaston se estrellaban siempre contra aquella espada invencible que se encontraba en todas partes á la vez, defendiendo á su diestro esgrimidor como una muralla de acero...

Entretanto, el nubarron sombrío que oscurecia alrededor todo el horizonte, iba elevándose con ímpetu hácia el zenit, impulsado por el aliento poderoso de la tempestad. El sol brillaba con toda su claridad diseñando una franja resplandeciente á lo largo de aquel nubarron inmenso, que avanzaba cada vez mas, como una cortina gigantesca que una mano invisible hubiese estendido á deshora entre el cielo y la tierra.

Avanzaba, y avanzaba cada vez con mas ímpetu y violencia. El sol quedó súbitamente oculto detrás de su densidad impenetrable...

Estó fue como un eclipse repentino.

Sorprendido el Marqués vivamente por aquella tenebrosa oscuridad que encapotaba el cielo, como si anoheciera de improviso, levantó sus ojos, siguiendo un movimiento involuntario y casi maquinal. Gaston, por su

parte, nada veía: hubiera podido caer la bóveda del cielo sobre su cabeza sin que esto distrajesse su atención. En aquel momento atacaba con furor: su espada encontró paso abierto, y se escurrió hasta el blanco cuello del Marqués, cuya camisa se tiñó de sangre.

Gaston dejó escapar un grito de triunfo, y redobló sus golpes de arremetida.

A este grito respondió una exclamación de enardecida cólera.

El Marqués se había colocado en guardia nuevamente. Sus ojos brillaban de furor. Todas las facciones de su rostro tenían una expresión amenazante y terrible.

—Está perdido! dijo Romeo, cuya angustia había llegado á su colmo.

—Dios mío!... Dios mío!... murmuró Nazario.

La espada del Marqués volteó durante algunos segundos en giros rápidos y calculados con una destreza y precisión admirables para deslumbrar al contrario...

Gaston paraba al acaso y paraba bien. Los aceros se chocaban sin cesar. Pero su sonido metálico se perdía sin embargo entre el estrépito retumbante de la tempestad. La nube reventó á deshora, vomitando una salva de granizo, cuyos granos se cruzaban brotando

sobre el suelo. Los relámpagos abrían anchos girones de fuego sobre el pabellon del aplomado cielo; el viento agitaba las malezas de aquel terreno, lanzando en remolinos sus ramages arrancados de raíz. Y entre estos rumores mezclados y confundidos, tronaba estrepitoso y cercano ese estampido profundo del rayo que estalla, estremeciendo el corazón...

Y el combate continuaba furioso, encarnizado y ciego. Porque el Marqués, poseido de un furor febril igual á la demencia, no se diferenciaba ya en nada de Gaston. Habia por parte suya la misma saña, el mismo encarnizamiento, y casi tambien el mismo desprecio de todas las reglas de la esgrima.

Era ciertamente doloroso y cruel mirar á aquellos dos niños batirse con una rabia insensata, sordos á la voz de los testigos, sordos á los mugidos amenazantes de la tempestad.

Romeo y Nazario seguian aquel combate, hijadeando, y con la muerte en el corazón.

Josepin se guarecia lo mejor que le era posible de la tormenta, y se estremecia de pies á cabeza á cada trueno que retumbaba.

Duchesnel miraba á los combatientes con una gravedad fria y estóica como si estuviese presenciando una leccion de esgrima.

Contra todas las probabilidades, Gaston se sostenia sin gran desventaja por su parte. Hacia ya un minuto, porque cada una de estas páginas en cuya lectura se ocupa tanto tiempo, no contienen en estos momentos estremos, mas que lo que sucede en algunos segundos; hacia ya un minuto que Gaston, dando un impulso desesperado á sus fuerzas debilitadas, atacaba, se defendia, heria, paraba... Pero su mano desfallecia... su único escudo era ya la misma impetuosidad del Marqués, cuyos golpes se redoblaban sin direccion y como á la ventura. La frente de Gaston, inundada de sudor, se iba inclinando poco á poco. Romeo creia escuchar el ronquido sordo y desgarrador de su pecho...

Al fin se sintió agobiado por aquella fatiga que habia combatido en vano tanto tiempo...

El Marqués esgrimió la espada. La de Gaston se escapó de entre sus manos...

El jóven cayó en tierra murmurando:

—Nazario, acuérdate de mi hermana!...

El ósculo.

En el momento de caer Gaston herido, el Marqués, que se hallaba fuera de sí, precipitóse sobre él con la espada levantada.

Romeo, con la ayuda de su florete, paró el golpe que el Marqués dirigía al pecho de Gaston, y sujetó á este por un brazo.

—Esto es contra todas las reglas, dijo friamente Duchesnel.

—Ah! contra las reglas... el impedir un asesinato! exclamó Nazario, muy contento de encontrar uno contra quien exhalar su cólera; parece que tienes ganas de sangre... me alegro mucho de ello!...

Recojió la espada de Gaston, y arrancando al Marqués la suya, fué á presentársela por el puño á Duchesnel.

Duchesnel le volvió la espalda con la mayor sangre fría.

Nazarío arrojó las espadas, para arrodillarse al lado de Gaston que estaba desmayado.

—Ea, doctor, dijo Duchesnel; haced vuestro oficio.

Josepin estaba enteramente perdido. Los truenos, los relámpagos, el granizo, aquel rabioso combate, al que la tempestad habia dado un carácter verdaderamente espantoso, todas estas circunstancias combinadas, habian sumido al buen doctor en una especie de embrutecimiento completo. Era el doctor un hombre de paz, que podia ver la muerte delante de sus ojos sin pestañear siquiera, cuando esta señora tenia la buena circunstancia de presentarse en un excelente lecho, perfectamente mullido y rodeado de redomas y tisanas... pero se resistia su corazon á toda especie de violencias.

A la voz de Duchesnel, abrió Josepin los ojos que habia tenido cerrados por no ver los relámpagos, y rejistróse todos los bolsillos, buscando su estuche, que debia estar de seguro en alguna parte.

Romeo entretanto, seguia conteniendo al

Marqués.

Este se resistía por su parte enérgicamente; á pesar de su apariencia de debilidad, apretó tan vigorosamente la cintura de Romeo, que éste, aun siendo hombre sobremanera robusto, perdió el equilibrio y vaciló. El Marqués y él cayeron á la vez revueltos sobre aquel terreno resvalizado.

El Marqués se levantó el primero. Quedóse inmóvil y como estupefacto.

Nazario ocultaba con su cuerpo á Gaston, tendido todavía en tierra.

Después de un segundo, el Marqués sufrió un estremecimiento interior, cuya violencia le despertó de su especie de anonadamiento.

Golpeóse la frente con sus manos.

—Qué es lo que he hecho?... murmuró; le he muerto acaso?...

En su voz vibraba un acento de compasion y de terror.

—Este caballero os lo ha impedido, respondió Duchesnel señalando á Romeo.

El Marqués se volvió vivamente hácia este último, y tomóle las manos apretándoselas fuertemente entre las suyas.

—Gracias, capitán, le dijo con una exaltación extraordinaria; el crujido de las espadas, el calor del combate.... la vista de mi sangre,

que brotaba de este rasguño.... Yo no puedo explicaros el efecto que todas estas cosas producen en mi imaginacion... Puesto á batirme, ya no soy dueño de mí... no puedo contenerme!....

—No se viene á estos lances para divertirse... murmuró Duchesnel.

El Marqués no le oyó.

—Gracias, repuso este; os vuelvo á dar las gracias!... yo me hubiera reprochado toda mi vida el haber herido....

Interrumpióse bruscamente, y concluyó cambiando de tono:

—De haber herido á un hombre en tierra, capitán... vos debeis comprender bien todo esto.

Romeo se inclinó en silencio, y fué á arrodillarse junto á Nazario, que sostenia entre sus brazos la cabeza de Gaston, todavía desmayado.

El Marqués se hallaba á cierta distancia. Su emocion, lejos de calmarse, se aumentaba cada vez mas.

Tenia los ojos fijos en el suelo. Se hubiera dicho que no se atrevia á volverlos hácia el grupo que formaban Romeo y Nazario, teniendo entre los dos á Gaston.

Nazario, entretanto, habia desgarrado la camisa de este último, y el doctor procedia

en fin al exámen de su herida.

Esta herida era muy lijera, aunque arroja-
ba mucha sangre. La espada del Marqués
habia penetrado por cima del antebrazo, muy
cerca ya del hombro, pero sin chocar con el
hueso.

Seguramente Gaston no habia caido solo
por este golpe, y si mas bien por el desfalle-
cimiento completo de sus fuerzas, y porque
habia faltado la respiracion á su pecho en-
fermizo y delicado.

Era esto tanto menos indudable, cuanto que
á los extremos de su boca entreabierta y des-
colorida asomaban dos rastros de sangre...

La tempestad iba cediendo. El sitio en que
habia tenido lugar el combate se aclaraba po-
co á poco con los rayos de ese sole blanque-
cido que sonrie, redoblando sus reflejos, du-
rante los entreactos de una tormenta.

Romeo y Nazario seguian ávidamente con
los ojos todos los movimientos del doctor, que-
riendo leer en su semblante... Pero aquel era
un semblante desabrido en que no se refleja-
ba ningun pensamiento; un semblante frio y
de piedra, que únicamente sabia espresar, á
su manera, los temores ó las esperanzas de un
egoismo absoluto.

Romeo y Nazario se fatigaban en vano, y
solo supieron á qué atenerse cuando el doctor

dijo estas palabras:

—Simple perforacion del tejido cutáneo... lesion poco considerable... rotura de una vena... Todo esto no vale nada!

El rostro de Romeo se animó visiblemente. Una franca alegría apareció en el de Nazario, que sintió fuertes deseos de abrazar al doctor y á sus anteojos de oro.

Fuertes deseos, inconcebibles seguramente, pero que probaban que la alegría del buen Dragon rayaba en delirio.

Pero el rostro que espresó una emocion mas viva fué el del Marqués de Maillepré, en el que nadie, á escepcion de Duchesnel, paraba la atencion en aquel momento.

Al oir el fallo favorable del doctor, el Marqués se estremeció. Sus manos se juntaron instintivamente, en tanto que sus ojos humedecidos se elevaban al cielo...

Duchesnel frunció sus labios con una sonrisa burlona.

—Transportémosle al fiacre, dijo Nazario; ayudadme á llevarle, capitan.

Jose pin habia vendado la herida de Gaston. Romeo y Nazario le levantaron con precaucion, y subieron la cuesta que daba una salida fácil por el lado de Paris.

—Señor capitan, dijo el Marqués con un tono de interés y cortesania, mezclado de

cierto embarazo que contrastaba sobremedera con la sencillez natural de su otrecimiento; un fiacre es mueble harto incómodo para conducir á un herido. Yo espero que no rehusareis aceptar mi carruaje.

—Este boquirrubio de Marqués es tan bueno para un fregado como para un barrido! pensó Nazario en sus adentros.

—Os agradezco vuestra oferta, caballero, respondió Romeo; es propia de un hombre de honor... Yo la acepto.

El Marqués inclinó friamente la cabeza. Pero sus mejillas estaban encarnadas como el carmin... Dejó pasar delante á los dos testigos de Gaston que le conducian entre sus brazos.

—Creeis, preguntó en voz baja á Josepin, que una carrera rápida puede serle peligrosa?

—Por la herida? dijo Josepin; no hay el menor riesgo. Su mal no está en eso... Su mal procede de una grave afectacion de los pulmones, unida á una lesion crónica en la region...

—Pero me respondeis, interrumpió el Marqués, de que ese jóven no se empeorará si mis caballos rompen por casualidad al galope?

—Pueden romper al triple galope, si que-

reis!..... Con tal [que no vuelque el carruaje...

Le dió las gracias el Marqués con la mano, y apresuró el paso. Reunióse á Romeo y Nazario. Gaston acababa de abrir los ojos, para volverlos á cerrar casi al mismo tiempo.

El cupé se hallaba, como hemos dicho, en la subida de los cerros que mira á la Villette.

El cochero se habia apeado y trataba de entrar en calor dando patadas delante de sus caballos, cuyas riendas tenia metidas en el brazo.

El arrogante tiro pifaba impaciente y tascaba el freno arrojando al aire copos de espuma.

El lacayo fué á abrir la portezuela; despues haciendo dar una vuelta al carruaje, montó por el otro lado para ayudar á introducir á Gaston.

Entretanto el Marqués dijo dos ó tres palabras al oido de su cochero, que montó al punto en su asiento.

Romeo y Nazario eran vigorosos; el lacayo tambien; asi es que costó poco trabajo colocar á Gaston cómodamente en la banqueta trasera del carruaje.

—Baja! gritó el Marqués á su groom.

El lacayo bajó inmediatamente.

Romeo ponía el pié en el estribo para tomar asiento al lado de Gaston.

Entonces pasó una cosa estraña, imprevista; especie de escena muda, rápida, instantánea, que sucedió como un rayo.

El Marqués se aproximó á Romeo que se hallaba en equilibrio con un pié en el estribo, y le empujó, al parecer sin esfuerzo, pero tan vigorosamente, que Romeo retrocediendo dos pasos, tuvo que apoyarse en el brazo de Nazario para no caer.

En el mismo instante saltó el Marqués dentro del carruaje.

Un fuerte latigazo resonó en el lomo de los caballos que partieron al galope.

El groom habia tenido únicamente el tiempo necesario para ocupar su puesto en la zaga...

Quedaron solos los cuatro testigos.

Durante dos ó tres segundos, Nazario y Romeo permanecieron como aturdidos y sin saber lo que les pasaba.

Despues, se lanzó Nazario tras del cupé, que descendía por la cuesta con una velocidad estraordinaria.

—Vuestras tarjetas, caballeros... tened á bien darme vuestras tarjetas, dijo Romeo con un tono imperioso; nos volveremos á ver!

Duchesnel sacó su cartera con aire indiferente y burlon; Josepin le imitó.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, dijo Duchesnel presentándole su tarjeta; pero, para evitaros la molestia de hacerme una visita, las señas del señor Marqués de Maillepré son calle Real de Saint-Honoré número 9.

-- Yo tengo consulta pública todos los dias, de doce á una, murmuró Josepin dando su tarjeta á su vez.

Romeo tomó las dos, llevó su mano al sombrero y siguió á Nazario, que ya llegaba muy adelante.

Rodaba rápidamente el cupé por sendas cubiertas de lodo, á lo largo de esos parques «imposibles de escribir» cuyo contenido infesta todo el distrito norte de la capital del mundo civilizado.

Un diputado campesino ha dicho tocando esta materia, unas palabras que merecen pasar á la posteridad: *El estiércol es la base de nuestra civilizacion!* Palabras que encierran un pensamiento profundo, grande, humanitario! Palabras mas sublimes que las mas sublimes palabras del autor de Alonso.

A medida que Nazario avanzaba por la cuesta, ibase haciendo esta mas pendiente, de modo que parecia que el buen Dragon es-

taba próximo á dar alcance al cupé, entorpecido en su marcha por el terreno fangoso que á la sazón atravesaba. Pero cuando el famoso Nazario descendió completamente al borde de la cuesta, sintió también embarazados sus pies en aquel piso blando y lodoso que le obligó á detener notablemente su carrera. Sin embargo continuó caminando siempre con el mismo afán....

Romeo, por su parte, cruzó el terreno de través, y dirigióse en derechura hácia la puerta de *Pantin*.

FIN DEL TOMO TERCEHO.

